

LA CATALUÑA

REVISTA SEMANAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fernando, 57, entlo. 2.^a

De los artículos firmados son responsables sus autores
No se devuelven los originales

SUSCRIPCIÓN

España. 3 pesetas trimestre
Europa. 3 francos
Número suelto 25 céntimos

PAGO ANTICIPADO

Año IV

Barcelona 30 de julio de 1910

Núm. 147

SUMARIO

DE ACTUALIDAD SOCIAL (1)

De actualidad social.—Cómo se trabaja en la "City" de Londres, por ERNESTO ESCALAS.

Algunas impresiones sobre Ruskin, por J. MARTÍ Y SÁBAT.

La violencia en el Parlamento, por MANUEL REVENTÓS.

Nosotros los jóvenes.—Un libro de Hans We-gener traducido por Luis de Zulueta, por RAMÓN RUCABADO.

De Valencia.

La cerámica en la Exposición de Valencia, por L. F.

La América Latina.

Pelayo González, por JUAN MAS Y PÍ.

Libros.—Oratjes de tardor, novela de FERNAN-DO DE QUEROL Y DE BUFARULL, por V.

La Semana.

INFORMACIÓN.—El atentado contra Maura.—La Exposición de Bruselas.

TEATROS.—Los últimos estrenos, por J. FARRÁN Y MAYORAL.

GLOSARIO.—Modas, por XENIUS.

La prensa catalana.

Opiniones ajenas.

Discurso de D. Antonio Maura, pronunciado el día 26 de junio último en Molinar de Carranza. (Fragmentos).—Problema de civilización, por LUIS DE ZULUETA.—Palabras de la Santa, por AZORÍN.—La España pintoresca, por JOSÉ M.^a SALAVERRIA.

Para el número próximo

Maestras, por ELADIO HOMS

Próximamente:

Questiones militares

por R. GAY DE MONTELLA

De literatura valenciana

por M. DURÁN Y TORTAJADA

De reacción literaria

por JUAN ALCOVER

Cómo se trabaja en la "City" de Londres

—Ahora que se está agitando en Barcelona la cuestión de las horas de trabajo en los escritorios mercantiles, convendría que manifestaras tu opinión sobre el sistema inglés que se trata de implantar—me dijo hace mucho el Sr. Amengual, al estar en Londres para asistir al Congreso de Cámaras de comercio.

—Francamente—le contesté;—no creo que consigan adaptarlo; hay una serie de razones físico-económicas que por lo menos han de dificultarlo mucho.

—¿Por qué?—me dijo él—¿Acaso no es más práctico hacer todo el trabajo de una vez y terminar á las seis de la tarde que permanecer en el despacho hasta las ocho?

—Claro está que lo es, cuando todas las circunstancias concurren para ello, como sucede en la City de Londres, pero en Barcelona es muy distinto; y aun así, no crea usted que el estómago deje de resentirse de los efectos de un *lunch* mal servido y peor digerido por espacio de años y años.

—Perfectamente—me dijo entonces el señor Amengual para quien mis palabras descubrían un nuevo aspecto de la cuestión,—aunque sea desfavorable al movimiento iniciado, conviene que manifiestes tu opinión ya que has podido experimentar sobre el terreno uno y otro sistema de trabajo.

El sistema inglés

Los empleados llegan al escritorio entre 9 y 10 de la mañana, tienen 30 ó 40 minutos para tomar el *lunch* y salen de 5 1/2 á 6 de la tarde, después de haber trabajado al-

rededor de 8 horas. Las ventajas son, que pueden vivir lejos del centro y disponer de algún tiempo en verano para hacer ejercicio al aire libre ó dedicarse al estudio en invierno.

Los inconvenientes son, que hay que pasar casi una hora diaria en el tren ó en el tubo, comer en restaurants malos, levantarse precipitadamente de la mesa para ir á reanudar el trabajo sin un momento de descanso y gastar mucho dinero.

Este sistema en Londres es insustituible, porque la City constituye un núcleo exclusivamente comercial, adonde la gente acude sólo para trabajar, quedando casi desierta una vez concluida la jornada. La gente que se reúne allí no podría vivir suficientemente cerca para comer en sus casas, ó debería perder dos horas diarias en el tren.

De esta manera los escritorios no cierran nunca durante el día, porque los empleados salen escalonadamente á tomar su *lunch* en los innumerables restaurants que existen en la City. Los mismos principales, gente muchos de ellos que tiene, como el mío, 150.000 duros anuales de renta, permanecen en el despacho y toman en su habitación un *lunch* solitario y triste que pondría de mal humor á cualquier comerciante ó fabricante catalán menos rico, pero, acostumbrado á verse rodeado de su mujer y sus hijos en el momento trascendental de sentarse á la mesa.

El mismo sistema en Barcelona

Representaría una revolución tan formidable, que muchos de los que lo defienden no han calculado sus efectos. Empezando por el desayuno, no habría más remedio que acostumbrarse á tener buen apetito casi al saltar de la cama, pues sin un almuerzo fuerte no se llega hasta la noche sin caerse de debilidad. En cambio no se puede tener apetito á la hora de comer, porque con un segundo almuerzo, pesado, ingerido en 15 ó 20 minutos, nadie siente ganas de trabajar. Al mismo tiempo, la fa-

(1) Nota de la Redacción.

Con gran complacencia damos á luz este interesantísimo artículo que nos ha remitido nuestro distinguido colaborador, residente en Londres, Sr. Escalas, el cual viene á ser un documento informativo de gran valor en la actual agitación de los dependientes y empleados de comercio en pro del trabajo intensivo, á la cual LA CATALUÑA ha consagrado atención. Todos nuestros amigos, la mayor parte de los cuales simpatizan con las justas reivindicaciones de aquella clase social, leerán con el mayor interés la respetable opinión que el señor Escalas formula fundándola en su propia experiencia. Nuestra Revista, que simpatiza también con los anhelos de los dependientes y empleados comerciales, publicará gustosa las objeciones que en el terreno de la seriedad y del buen criterio se hagan al Sr. Escalas, pues su móvil principal es el de proporcionar á sus lectores y amigos material de estudio y de reflexión.

milia en casa tiene que adaptarse al sistema de su padre ó de sus hermanos, comiendo cuando aquéllos regresen del escritorio. Los negociantes del interior que llegan á la ciudad, acostumbrados al antiguo régimen, no pueden aprovechar el día porque no dejan de ir á comer á su hora con el espacio acostumbrado, como sucede en Londres con los clientes Sudamericanos, que muchos de ellos regresan á comer á sus hoteles, pierden la mitad del tiempo en idas y venidas y dicen luego que los días son cortísimos, porque antes de dar las 6, las casas de comercio se cierran y ellos tienen que marcharse de la City sin casi haber hecho nada.

Cuestión de raza

En una palabra, las costumbres de un pueblo ó de una raza entera no se pueden cambiar de golpe y porrazo; y, en esta organización del trabajo, que es resultado del sistema de alimentación, existe una discrepancia absoluta entre la raza anglosajona y la latina. Empezaremos á trabajar á las 9 ¹/₂ tomaremos el *lunch* á la una, reanudaremos el trabajo á la una y media y saldremos del escritorio á las 5 ¹/₂ después de haber hecho una jornada de trabajo intensivo. Pero, ¿y la debilidad que producen 8 horas de trabajo sin casi tomar alimento ó, en caso contrario, la dispepsia que engendra una mala comida servida diariamente en un restaurant? Y, finalmente, ¿y la suprema razón económica, el aumento de gastos que representa tomar algo, por poco que sea, fuera de casa, para empleados mal retribuidos como lo están generalmente en España los dependientes de escritorios mercantiles? Porque en casa, lo mismo se seguirá gastando si el cabeza de familia vuelve á la una ó no, mientras el pobre padre tendrá que suprimirse muchos pequeños placeres, si no quiere que la mitad del sueldo se le quede en el restaurant.

De la misma manera con los principales, quienes, si van á sus casas, tendrán que volver precipitadamente á los escritorios, porque ya se sabe que si los empleados quedan solos, en la mayoría de los casos pierden el tiempo. Y ¿quién es capaz de convencer á un buen señor que vive en el Paseo de Gracia ó en la Rambla de Cataluña, que en lugar de ir á comer con su mujer y sus hijos, con todas las comodidades acostumbradas, ha de pasarse seis ó siete horas en su despacho, supongamos de la calle Alta de S. Pedro, triste y silencioso, comiendo á la una un par de huevos pasados por agua?

Un peligro del sistema inglés

Yo no quisiera que los dependientes de comercio barceloneses, entre los cuales he trabajado por espacio de dos años, consideraran este escrito mío como una traición á sus intereses de clase, porque al manifestar libremente mi criterio sólo me guía el interés de evitarles decepciones y hasta peligros que entraña el sistema inglés, uno de los cuales es que en manos de principales egoístas se presta más á la explotación de los empleados. Porque, si al llegar las 6 de la tarde, el jefe de oficina, con la excusa de que hay trabajo perentorio ó de que el correo ha de salir, continúa sentado en la mesa ¿serán capaces los dependientes de ponerse el sombrero y decir:—Nosotros nos marchamos—? Con la falta absoluta de organización que tienen estas

clases en Barcelona, ¿qué fuerza les quedaría á los empleados para hacer respetar sus derechos?, ¿qué garantía de que en lugar de poder ir al paseo ó á las bibliotecas, la necesidad de no indisponerse con sus principales, no les obligue á seguir trabajando aquella hora ó dos adelantadas con el sacrificio de una mala digestión?

Perfeccionar lo nuestro

La cuestión, en primer lugar, es que en vez de trabajar 9 ó 10 horas, como se hace generalmente en los escritorios de Barcelona, los dependientes consigan por medio de la organización y de la propaganda el reconocimiento de que la jornada de ocho horas en trabajos de inteligencia como en los manuales, es suficiente para dejar fati-

gado un cuerpo bien constituido. Conseguido esto, que no lo creemos tan difícil como reformar el sistema de alimentación de un pueblo entero, nuestro modo de trabajar quedaría perfeccionado; porque empezando á las 8 ¹/₂ y acabando á las 6 ¹/₂ se pueden tener dos horas para la comida, con ocho de trabajo. Lo malo es que en la actualidad, empezando á las ocho no se cierre hasta que vuelven á dar las mismas horas de la noche; y estos abusos, ya dijimos, que no teniendo organización para evitarlos con el sistema catalán, menos se evitarían con el sistema inglés que se presta más á la explotación.

Londres, 12-7-10.

ERNESTO ESCALAS.

Algunas impresiones sobre Ruskin

Casi siempre después de la lectura de obras, fuertes por sus ideas, bellas por su perfección ó excelencia de forma, uno siente vivos deseos de exteriorizar, coordinándolas y sistematizándolas, las impresiones que de las mismas ha recibido, tanto más, cuanto más hayan contribuido dichas obras, á representar alguna ó muchas de las innumerables facetas del humano espíritu. Y la casi necesidad de esta exteriorización también se siente, con más fuerza quizá, cuando se trata de obras que por ser hechas por grandes hombres, y por haber tenido aquéllas una extensa y prolongada virtud de renovación intelectual y sentimental en el más noble sentido de la palabra, han originado asimismo una diligente y numerosa escuela de comentaristas ó críticos, quienes con filial cuidado quieren recoger y hacer más aprovechable toda la herencia espiritual del padre que ha dejado aquellas obras.

Precisamente yo creo que es una bella característica de los grandes hombres, de los Héroes en el sentido carlyliano de la palabra, esta inexhaustibilidad de los tesoros de su espíritu al través de sus obras, que hace que cada nueva generación, cada individuo dentro de la misma, con toda la imponderable riqueza moral, sentimental, intelectual que le es propia y la hace diferenciar de las demás, vaya amoldando y asimilando la obra del gran hombre contribuyendo así con la luz que este le ofrece á iluminar las obscuridades que rodean el misterio de las cosas. No podemos contemplar, dice Carlyle, aunque sea imperfectamente á un gran hombre, sin que ganemos siempre algo con dicha contemplación; él es la viva fuente de luz, cuya proximidad nos es buena y agradable. A pesar de las casi infinitas palabras que se han dicho sobre Shakespeare y el Dante, por ejemplo, aún son insignificantes con relación á las que están por decir mientras no se agote la potencia creadora espiritual de la humanidad, que será cuando ésta deje de existir.

He aquí por qué he querido anotar las ligeras impresiones que me ha sugerido una lectura de aquel espíritu atormentado

por insaciable sed de armónica perfección, espíritu por otra parte original, profundo y soñador á pesar de querer ser práctico á la vez, como también lo es la raza que lo engendró, y que se llama Ruskin.

Antes que todo, y como característica general de su obra, Ruskin ha sido de los que más originalmente han estudiado las más variadas y complejas cuestiones de la filosofía del arte. En todas sus numerosas obras, desarrolla atrevidamente sus teorías hinchadas de trascendencia y abigarradamente vestidas con un lenguaje fantástico—á veces demasiado,—con aquella rigidez de líneas que los británicos saben convertir en elegancia, sin dejar de ser á veces cabalístico y obscuro, y salpicado aquí y allá por agradables rasgos de aquella forma de expresión tan castizamente inglesa llamada *humour*.

Ruskin por temperamento—de una excesiva sensibilidad,—por la educación que recibió, y ya más tarde por meditadas convicciones intelectuales, fué siempre hasta su muerte, un constante entusiasta y devotísimo adorador de la Naturaleza, á la que consideraba como fuente inagotable de todas virtudes, bellezas y perfecciones que redimen á la abatida humanidad.

Hay no obstante muchas maneras de sentir y querer á la Naturaleza, pues es natural que ha de influir en dicho amor y sentimiento á más de la contextura psicológica de cada individuo, la suma ó conjunto de ideas y prejuicios de la masa social que á aquél rodea; así por ejemplo, sentían y se inspiraban en la Naturaleza al escribir sus obras, Homero y los anónimos autores de los himnos sagrados de la Grecia heroica, así como Virgilio, Horacio, y muchos otros poetas del siglo de Augusto. Mas cuán diferente no resulta una de otra pintura: leyendo á Homero, en seguida uno se transporta á una época más ó menos primitiva, patriarcal, en la que las pasiones y los instintos se desarrollaban casi libremente, sin muchas trabas, á veces con brutalidad y de una manera tumultuosa, pero dotada por otra parte de cierta ingenuidad en su concep-

ción de la vida, desprovista de aquellas perversidades y estudiadas complicaciones de la inteligencia y del sentimiento, que acompañan á todas las decadencias y en parte á todos los apogeos de las civilizaciones, y esta es la impresión que deja el patriarca de toda la poesía, incluso considerando la sociedad homérica conforme muchas teorías modernas, como dotada ya del cierto refinamiento que suponen las excavaciones empezadas á realizar por Schliemann en Micenas, y Tirinto. En cambio, el amor de la Naturaleza que dejan entrever en sus obras Virgilio y Horacio, es más bien hijo de un acto de voluntad que de un movimiento sentimental espontáneamente sentido; es mejor una protesta contra las artificiosidades de la brillante y fastuosa sociedad romana, que la sensación espontánea de una fuerza espiritual que vive más ó menos comprimida en las sinuosidades del alma humana y que quiere expansionarse. De una manera parecida creemos sintió Rousseau la vida de la Naturaleza: espíritu todo fuego, inquieto y entusiasta, se encontró en medio de una sociedad refinadísima, y que como todas las civilizaciones ya caducas y brillantes ocultaba grandes corrupciones, despreciado al hacerle sentir dicha sociedad el peso de su condición social inferior y de su falta de hábitos de cortesanía; y entonces él, despechado, y obrando bajo el impulso de sus enérgicos y tempestuosos sentimientos é instintos, se aleja espiritualmente de aquella sociedad, declarándole la guerra con sus escritos, todos ellos carne de su alma, y se va hacia la Naturaleza á pedirle consuelo y descanso en sus rincones contra los hombres, inspirándole aquellos poéticos fragmentos de sus *Confessions* y *La Nouvelle Héloïse*, que á través de Chateaubriand, principalmente, habían de fecundar tanto la escuela romántica francesa.

Muy distinta fué la manera cómo Ruskin comprendió y sintió la Naturaleza; en él, dicho sentimiento estaba íntimamente adherido á su alma, era casi del todo instintivo y por ello constituye como la idea madre, la trabazón de todo su andamiaje de ideas. El único objeto del arte, dice, el verdadero valor de un cuadro, de una escultura, no está mas que en la proporción del número, de la importancia y de la precisión y fijeza de las enseñanzas que por medio de la obra artística recibimos acerca de la Naturaleza, teniendo por lo tanto el artista como misión capital ser el historiador de los fenómenos exteriores, el revelador y el vidente de las escondidas energías.

El amor de Ruskin al mundo externo no se concretaba tan sólo á los espectáculos grandes y sublimes del mismo, los cuales no contienen ni mucho menos toda la esencia, toda la explicación de la vida íntegra de la Naturaleza, como no encierra todo el interés, todo el atractivo misterio del alma humana una acción heroica; Ruskin veía la idea, en cierto sentido platoniano, de la Naturaleza, en el conjunto de ésta y en cada una de sus partes ó fragmentos por pequeños é insignificantes á primera vista que fuesen; veía la belleza y por lo mismo le producía placer estético la contemplación de una sencilla hoja de un árbol, de una roca, que con sus superficies recortadas caprichosamente, le hacían pensar en las luchas que había tenido que sostener con los elementos primordiales, de la pequeña y armónica nubecilla que á la puesta del sol se colo-

rea suavemente con los rosados tonos y con pálidas irisaciones. El originalísimo y genial Carlyle decía hablando de una conferencia que Ruskin dió sobre las hojas de los árboles, consideradas como objetos pintorescos, morales y simbólicos, el siguiente juicio crítico que hace comprender mucho el espíritu de Ruskin: «*la conferencia pasa por un fracaso; pero si esto es verdad desde el punto de vista de lo que usualmente se entiende ha de ser una conferencia y á causa también del fárrago de riquezas intelectuales de que está provista, por otra parte Ruskin, en la misma, ha lanzado á manos llenas sus ideas; ideas curiosas, geniales, rebosantes de color, no recordando yo haber oído nunca algo que me hubiese cautivado tanto como aquella caótica explicación.*»

Para Ruskin, el arte, así como respecto á los hombres es su superior, ya que ejerce respecto de ellos un poder dominante atrayéndolos á sí, en cambio respecto de la Naturaleza, el arte, ó mejor el artista, tan sólo ha de sentir adoración debiendo acudir á ellas con toda ingenuidad y sencillez de corazón, sin rechazar ni escoger nada. Había momentos en los que el alma de Ruskin llegaba á la obsesión en su idea naturalista como fundamento de la obra artística, y á su vez ésta como explicación del mundo todo: llegó así á constituir lo que con feliz frase llama el crítico francés R. de la Sizeranne, la *religión de la belleza*, pues creía sinceramente que la belleza era casi la única vía que conduce á los hombres hacia la morada de perfección, el fundamento incommovible y eterno de la bondad moral: es decir, que Ruskin hace de la belleza la categoría madre del mundo espiritual; considera á la misma no sólo como toda la Estética, sino hasta como casi toda la Sociología y toda la Moral. Las siguientes palabras, henchidas de espíritu elevado y de sutilizado sentimiento, que Ruskin escribió á manera de testamento poético en los últimos años de su vida en Chamounix, nos darán una idea acabada de su pensamiento: «*el conocimiento de lo que es bello, decía, es el verdadero camino y el primer peldaño que nos conduce al conocimiento de las cosas que son buenas; las leyes de la vida y la alegría que da la Belleza en el mundo material de Dios, son partes tan eternas y tan sagradas de su creación, como en el mundo de las almas, la Virtud, y en el mundo de los ángeles, la Adoración.*»

En Ruskin se desarrolló tanto el sentimiento de la belleza plástica ó natural, que llegó á tocar los límites de una exaltación casi mística, pues tanto se infiltraba y penetraba por todos los repliegues de su alma, asimilándose todas las facultades de la misma; quizá no sería un gran error decir de él que fué un nuevo San Francisco de Asís sin la fe católica. Sin duda también que esta exaltación y como sublimación del sentimiento estético, pueden haber contribuido á desarrollar en él su afición á vestir sus ideas con aquella vestidura simbólica, profunda, y á veces casi incomprensible.

Mas no se crea por esto que Ruskin, á pesar de ser tan entusiasta de la belleza natural, hasta el punto de no reconocer casi la existencia de otra, y por lo tanto de considerar que sólo en su más fiel y sentida imitación ó, mejor dicho, reproducción, debía consistir la obra artística, fuese partidario, ó al menos en sus ideas se pudiesen fundamentar sólidamente las teorías estéticas que en la segunda mitad del

pasado siglo tanto invadieron devastándolo, el incomparable y riente campo del Arte, bajo el simpático y engañoso nombre de *naturalismo*. A pesar de que en tiempo de Ruskin, dichas teorías no se habían aún desarrollado por completo, como más tarde se desarrollaron, especialmente en Francia, mezclando sus esfuerzos y resultados con los de los novelistas rusos contemporáneos, no obstante y como si presintiera ya la profunda y funesta influencia que había de llegar á adquirir aquella escuela, escribía la siguiente hermosa condena de la misma; «*según la extravagante conclusión de la mal llamada escuela realista, todo lo que es debido á la fabricación de los hombres, ya pasa á ser Naturaleza y por lo mismo se impone á nuestra admiración. Estos especiales amantes de la realidad, entran en un bar; inventarian su colección de botellas multicolores, se impregnan de su ahumada y ensangrentada atmósfera, estudian sus espejos sucios; después pintan la «bar maid» en medio de este triste abigarramiento de falsa civilización, y nos dicen: Esto es bello porque es la Naturaleza. Aún más, van á buscar á ésta en el teatro bajo la luz, no del sol, sino del gas; luz que ilumina, no carnes desnudas, sino abrigo y vestidos de seres que no andan por encima de la tierra sino sobre alfombras; que no tienen pies libres y sanos sino deformados más ó menos. He aquí la Naturaleza, repiten, arrancada en su realidad, he aquí la belleza. Pero si esto es la Naturaleza, ¿qué es entonces el artificio? si esto es la tierra, ¿qué es el sitio en donde germinan los trigos y las flores consoladoras? Para encontrarla, salimos de la ciudad donde los realistas van á buscar sus modelos de figuras humanas, y vamos allá donde el aire no es prisionero y no está comprimido para conducir telegramas, sino que es libre para hacer nubes, allá donde las doncellas danzan, no bajo la luz del gas, sino bajo la luz del sol, impulsadas por un santo amor y por una reconfortante alegría. Allí es donde hay la Naturaleza, allí es donde también hay todo lo bello.*»

De estas palabras se desprende el concepto elevado y dignificador que Ruskin tenía, así del Arte como de la Naturaleza, á pesar de llamarse y de ser un extremado naturalista; no estando tampoco y por ello poseído de la manía de la originalidad y de cierto estado del alma, en el que, como si estuviese atrofiado el sentido de apreciar la belleza, se complace en buscar como sujeto de la obra de arte casi exclusivamente, fenómenos y depravaciones humanas: Taine, el gran artista y clarísimo filósofo, en su *Philosophie de l'art*, dice precisamente hablando de la clasificación de las obras artísticas, según el valor é importancia de los caracteres humanos que las mismas representan y ponen de relieve las siguientes palabras, que también demuestran elocuentemente los equivocados juicios que respecto del supuesto materialismo ó naturalismo de aquel escritor, muchos hacen: «*néanmoins le spectacle des ames rapetissées ou boíteuses finit par laisser dans le lecteur un vague sentiment de fatigue, de degout, meme d'irritation et d'amertume: si elles sont très nombreuses et occupent la principale place, on est ecuré. Sterne, Swift, les comiques anglais de la Restauration, beaucoup de comedies et de romans contemporains, finissent par rebuter; l'admiration ou l'approbation du lecteur sont meliès de repugnance; il est déplaisant de voir de la vermine, meme quand on l'ecrasse, et nous demandons*

qu'on nous montre des créatures d'une pousse plus forte et d'un caractère plus haut. Este es el verdadero naturalismo, esta es la manera de apreciar el arte que han tenido los grandes artistas de todas las edades, y que ha hecho mantener elevadas sus obras saturadas de perfección, mientras haya almas sensibles á las grandes aspiraciones y capaces de conmoverse ante un espectáculo en el que palpita el aliento misterioso de la belleza.

En el sistema de ideas de Ruskin se ve asimismo predominar una tendencia, que si bien no creemos posible su pleno desarrollo y en los términos absolutos con que dicho artista la presenta, no obstante es indudable que encierra cierta parte de verdad y que, seguida en su legítimo y normal desarrollo, puede ser origen de un progresivo adelanto en la concreción de la obra artística. Nos referimos á su constante preocupación de armonizar, hasta llegar á confundirlas, las diferentes manifestaciones del Arte. Si bien es cierto que entre las múltiples facultades del hombre se observa una cierta unidad, siguiendo en esto una ley general de la naturaleza que siempre tiende á reducir las cosas diversas, en uno ú otro aspecto, á una cierta unidad profunda, trascendental; no obstante, de esto á querer suponer que puede existir siempre, ó un grupo de hombres ó tan sólo un hombre, teniendo desarrolladas y reducidas á una absoluta unidad armónica todas las facultades pertenecientes á distintas órdenes, creemos va mucha diferencia. Si Ruskin se hubiese limitado á decir que mejor y más completamente podría conocer y practicar la vida del Arte el hombre que á la vez que pintor, si cultiva la pintura, fuese un filósofo, un poeta, un músico y hasta un arquitecto y escultor, porque así tendría una más clara visión interna de muchas cosas referentes á su arte particular que están muy escondidas, que son muy profundas, habría expresado una gran verdad, pues es innegable que la perfección de la naturaleza humana, exige una solidaridad, una armonía, cuanto más intensa mejor entre todas sus potencias, y cual solidaridad, cual armonía producen la vivificación en alto grado de todas las obras que crea, y por lo tanto de las obras artísticas que así aparecen ligadas con el general movimiento de nuestros pensamientos, recibiendo la pasión penetrante de nuestra vida moral.

Aunque el Arte, como la Ciencia, como la vida en general, sea abstractamente y en su esencia considerada, una, no obstante, á medida que se va desarrollando, adquiere tal vitalidad, tal riqueza de formas de expresión, que se va extendiendo y diversificando en variadas ramas, las que aun cuando nacidas de un mismo tronco, no deja de ser cada una de ellas diferente de las demás. Y sobre todo, consultemos la realidad, veamos lo que ha sucedido en la historia del hombre, y veremos que tan sólo en las tribus salvajes, cuando el alma humana estaba aún en un estado de grosera servidumbre respecto de la materia, y en que por lo mismo aquélla podía con mucho esfuerzo tartamudear alguna sílaba de la palabra artística, es cuando el mismo hombre, que en la roca que servía de muro á su cueva esculpía la figura del animal de difícil caza, era el mismo que al contemplar los sublimes efectos de las fuerzas naturales, debía exhalar frases y exclamaciones de terror y admiración, que pueden ser consideradas como las primeras muestras de la poesía.

Es verdad que no es sólo en las edades en que el hombre vivía en estado salvaje, en que se verifica el fenómeno de una vital compenetración y simultaneidad de todas las facultades artísticas, pues también en otros períodos de espléndida y floreciente civilización, vemos ejemplos frecuentes de tal fenómeno; recuérdese muchos artistas de la Edad Media (bajo el punto de vista del arte, tan admirada por Ruskin), y de un modo especial el Renacimiento italiano de los siglos XV y XVI. Pero hasta en dichas épocas fué más bien una excepción la existencia de artistas universales, al contrario de lo que sucedía en los tiempos más primitivos de la humanidad, en los que encontrándose el arte en un estado muy rudimentario, dicha excepción se convertía en regla general. Además concurren tantas y tales circunstancias en la creación del alma italiana del tiempo del Renacimiento, que es difícil, por no decir imposible, vuelva á presentarse en otro pueblo y en otra época de la historia un parecido momento: el Renacimiento italiano creo es un fenómeno, que como dice Sumner Maine, hablando del feudalismo, á pesar de haber dominado una gran parte del mundo con soberano imperio y de haberse arraigado profundamente en las más permanentes capas sociales, puede decirse, no obstante, que nunca más volverá á presentarse en la escena de la humanidad.

En nuestra época, merced al concurso de una serie de causas, la vida se ha socializado cada vez más, es decir, se han ido desarrollando progresivamente las relaciones que derivan de la convivencia íntima de los hombres. La industria tiene hoy por campo de acción el mundo todo, estando á la vez influida por accidentes surgidos en cualquier parte de la tierra: la vida científica, la moral, la política, también han tomado este carácter de generalización y de compenetración con los demás órdenes de la actividad humana. Al mismo tiempo, y como consecuencia de este carácter general y de otras causas, se va sintiendo un tan agudo malestar y una tan dolorosa intranquilidad respecto del porvenir de las actuales sociedades, que la preocupación constante de los pensadores y hombres de Estado, es estudiar la manera de hacer nacer y de aprovechar las fuerzas vivificadoras que existen escondidas en el fondo de estas masas humanas, y que, acumuladas en una excesiva cantidad, tienen una fatal tendencia á obrar, obedeciendo tan sólo á brutales y destructores instintos, originándose en consecuencia estas terribles y frecuentes crisis sin ejemplo en la historia por lo repetidas y extensas que son, y que de continuar mucho tiempo, han de quebrantar seriamente, si no la arruinan, nuestra civilización.

El Arte es y ha sido siempre un esencial factor de civilización; siempre ha hecho nacer en el alma sentimientos exquisitos de generosidad y anhelos de infinita perfección, por lo que no es extraño que hoy día en que, encontrándonos en una época de universal criticismo, se han ido poco á poco amortiguando los grandes reguladores y principios motores del orden social—la religión, el respeto y amor de las tradiciones, el mismo principio de autoridad en general—se trate de reforzarlos y en lo que quepa sustituirlos con otros principios que hasta ahora estaban bajo este aspecto, más ó menos descuidados, como por ejemplo el Arte, que si, como

hemos dicho siempre, ha tenido una poderosa influencia en los hombres que lo han cultivado y en los que lo han admitido, no obstante ha sido más bien una influencia casi inconsciente bajo el punto de vista moralizador, y limitada además á un reducido círculo de seres humanos, sobre todo en nuestros tiempos de civilización envejecida y compleja. Ruskin, espíritu saturado de inmenso amor á la Belleza y al Arte, como su forma natural de expresión, y al mismo tiempo con un temperamento bondadoso, ingenuo, casi primitivo, sufriendo al contemplar las miserias y dolores de tantos hombres de pálida faz y mirada febril como se ven en nuestras grandes ciudades industriales (1), era muy lógico que tuviese con fuerza la idea de aliviar dichos sufrimientos por medio del bálsamo de la Belleza, haciendo que, como suave rocío, penetrase en el fondo de aquel sinnúmero de seres que viven secos de cuerpo y alma sin conocer apenas del mundo más que el Mal y la Impureza, y sin que al irse de esta tierra lleven consigo el recuerdo de alguna cosa bella que les haya hecho vislumbrar una mejor existencia.

Cuando, alegando las conquistas del progreso, los sabios han trabajado para desarraigar las tradiciones, las costumbres, la fe, la belleza, prometiendo en compensación á las multitudes una felicidad vaga y más ó menos metafísica, Ruskin pregunta: ¿es que se la han dado aquella felicidad? No, responde categóricamente, y por ello busca el advenimiento de un nuevo estado social, en el que, preocupándose los hombres, menos que hoy, sólo de ganar dinero por cualesquiera medios que sean, puedan dedicar su espíritu á la adoración de la Belleza, sintiendo la trans fusión de aquella vida más alta que dicha adoración ocasiona. «*Sólo con el trabajo constante del pobre y la proscripción de gran parte de lujo en los ricos, dice Ruskin, se puede llegar á restituir la salud, el vigor, la gracia en los cuerpos humanos que hoy sufren. El culto de las cosas bellas es el guía más seguro en la solución de los llamados problemas sociales.*»

Debido á que Ruskin era por naturaleza y por el genio de su pueblo, á la vez que hombre de gran intensidad y elevación de ideas y sentimientos, hombre de temperamento práctico, quiso, con la grande y poco frecuente enseñanza del propio ejemplo, demostrar lo convencido que estaba de sus teorías estético-sociales. Recordemos las lecciones de dibujo que con admirable constancia dió en diferentes círculos obreros, el museo de obras de arte que con generoso y caritativo desprendimiento fundó en 1876 en la gran ciudad industrial de Sheffield, las innumerables conferencias y cursos que con prodigiosa actividad, y revelando extensísimos conocimientos, pronunció durante muchos años de su vida en las más importantes ciudades de Inglaterra, y por fin, la obra que le había hecho concebir más bellas esperanzas y que una vez realizada, habiendo tenido que ser movida y vivida por hombres que no tenían las condiciones, virtudes y entusiasmos de su ideador, no pudo resistir la difícil prueba del tiempo, ocasionan-

(1) Recordamos la siguiente anécdota, que pinta bien el carácter moral de Ruskin. Un día—del año 1870—en una conferencia hacia una comparación entre el *Juicio final* de Miguel Ángel, y el *Paraiso* de Tintoretto, y después de bañarse en lirismos prodigando elogios á dichas obras, se acuerda de que en aquellos momentos París está sitiado, siendo presa del hambre y del dolor, y entonces no puede continuar su conferencia, diciendo si es posible hablar y hacer justicia de las obras de arte cuando no hay piedad para los hombres.

do á Ruskin una profunda decepción y amargos desengaños que dieron por natural resultado un desconsolador escepticismo en el hombre que había sido menos escéptico hasta entonces: nos referimos á la Saint George's Guild.

Ahora bien, respecto á la interesante cuestión del fin social del arte, que si bien fué ya planteada en la antigua Grecia (1), habiéndose ocupado de ella escritores y filósofos posteriores (2), no obstante en la segunda mitad del siglo XIX en que ha ido tomando más importancia el aspecto social de todas las manifestaciones humanas, se han preguntado con creciente interés los pensadores, si también el Arte sólo cabe considerarlo en relación con la influencia que pueda tener en la vida del pueblo. Ruskin y Tolstoï, si bien partiendo de puntos de vista muy distintos, sus conclusiones en este problema de estética casi coinciden: los dos son entusiastas defensores del sistema que, en oposición al llamado del *arte por el arte*, podríamos llamar del *arte por el pueblo*.

¿Se ha de rechazar en absoluto este punto de vista? Creemos firmemente que si en alguna cuestión hay que hacer distinciones y huir de los dogmatismos fríos y rígidos, ha de ser en ésta, como en la mayor parte de los complejos problemas que estudian las ciencias morales en general. Si al hablar del *arte para el pueblo*, si las ideas en este punto sustentadas por Ruskin y Tolstoï, quieren indicar tan sólo aquella legítima, natural y espontánea acción que las obras de arte en general han ejercido sobre la comunidad social, y que á la vez ésta, reaccionando sobre el artista, le inspira en cierta manera, dándole aquella vestidura espiritual que los artistas de cada época y de cada pueblo muestran en sus obras; si se quiere, repetimos, significar la existencia de esta doble corriente de influencias vigorosas, sin duda que la teoría es verdad, por no ser más que una confirmación filosófica de lo que nos enseña la constante experiencia de los tiempos. Mas si se quiere erigir en regla absoluta este principio, si se quiere suponer que es sólo una obra de arte aquella que pueda ser sentida é inspirada por el pueblo, si se quiere pretender que tantas obras maestras como ha habido, dejen de serlo por no haber llegado á ser lo que se llama populares, queriendo negar con tal afirmación el indiscutible poder y fuerza del genio, el cual, por una misteriosa conformación psíquica, produce con perfecta libertad sus obras, sin que al concluir las ó desarrollarlas se vea impulsado por ninguna influencia exterior decisiva, ya que tan sólo se puede decir que da forma y revela al mundo externo el mundo de sentimientos é ideas que lleva en su interior, entonces, apoyándonos también en lo que nos enseña la ya larga vida de la humanidad, vemos que es una teoría aquélla, no tan sólo inexacta, sino también engendradora de una gradual y constante decadencia del Arte, caso de ser la misma muy aceptada.

Todos los sistemas que han pretendido fijar reglas y explicar con precisión la génesis y desarrollo de la obra de arte, se han visto precisados á hacer una serie de razonamientos, de distinciones y concesio-

nes más ó menos encubiertas á otras teorías y sistemas distintos que dejan al que imparcialmente los estudia muy poco convencido; recordemos sólo como ejemplo, y á pesar de ser defendido por un pensador y artista tan grande como Taine, su sistema expuesto en su obra sobre la filosofía del arte. Es un campo de la actividad humana este, en el que más ha de dominar la idea de libertad, en el que más injusto y más inútil es dictar reglas y cánones por respetables que sean la persona ó la autoridad que las dicte. Por esto mismo también, aunque sea Ruskin con su hermosa sinceridad y brillante elocuencia, ó Tolstoï con su seca concisión y su aparentemente irrefutable fuerza de lógica, no nos convencen con sus absolu-

tas teorías acerca de la única y exclusiva misión social del arte.

Creemos que son estos los aspectos más fuertes, las líneas más marcadas de la espiritual fisonomía de la interesante personalidad de Ruskin, hombre excepcional tanto por sus condiciones de inteligencia y de sentimiento, como por su personalidad moral tan elevada, que pasó por este mundo poniendo las poderosas fuerzas de su alma al servicio desinteresado de ideales, que aunque muchas veces los transfigurase en verdaderas utopías, no por esto dejarán de contener cierta energía, como un vivísimo germen de futuras realidades.

JOSÉ MARTÍ Y SÁBAT.

La violencia en el Parlamento

El debut parlamentario del primer representante en Cortes del partido socialista español era esperado con gran interés. Luis de Zulueta, que con tanto acierto recoge y encamina las palpitaciones de la opinión, llamó á este punto la atención de sus amigos; en cuanto á nosotros no precisaba esta llamada, nos bastaba la aureola de sincera y constante honestidad política que disfrutaba el grupo socialista madrileño, y sobre todo el gran prestigio y el peso excepcional del socialismo en la vida pública moderna, para interesarnos en su actuación política. Algo sospechoso pudo hallarse, en yo no sé qué actuar de santones de los dirigentes de aquel grupo, pero no era suficiente para desanimarnos. Pudimos confirmar nuestras sospechas al leer las declaraciones políticas de Pablo Iglesias, preso ya en la influencia estrepitosa de una protesta algo menos indignada que fácil y cómoda, sin eco en otro lugar que en cabezas ligeras, pero nos quedaba todavía alguna esperanza de que se renovaría la atmósfera parlamentaria, llena de mentiras convencionales, con afirmaciones de justicia—ideales, esquinadas, utópicas, acaso—y con una actuación realista objetiva é intransigente, señales todas de un feliz cambio.

Nada de ello ha ocurrido y no será el socialismo—tan falto por acá de elementos intelectuales—quien salga con esto ganancioso... ¡Que no puedan nuestros avanzados renunciar á este programa fósil de una revolución política según estuvieron de moda en 1840! Pretenden recoger los frutos de un movimiento, tan falto de base social, y con tan mezquino contenido ideal, como la llamada revolución de 1868, y para ello quieren renovarla sin haber mejorado nuestro nivel intelectual y acaso con retroceso del ético como ocurre á algún partido de oposición. Se educa (?) al pueblo exclusivamente con vistas á la sacudida. Todos los errores posibles de la represión de los sucesos de julio, debieron convencer á quienes sentían su peso, de la solidez de un estado de cosas, que resiste á embates externos y á internos desaciertos; pues bien al recapa-

citar sobre esto se utiliza el recuerdo como medio para enconar el mal, para llevar á nuevos choques todas las fuerzas. Me parece evidente que un período de paz mentirosa, de prosperidad falsa como el de los años 75-90, (aun cuando no hubiera terminado en el desastre) quebranta más á un régimen que la afirmación de normas enérgicas, pero profesadas con honradez y—aceptando las ideas del partido que las puso en práctica, y que tiene tras de sí opinión—sagradas.

Es deplorable, que quienes veíamos con simpatía que invadía la vida legislativa, que tomaba posesión de instrumentos de acción política y para orientar la opinión, tan eficaces como las leyes, ó las declaraciones y compromisos de un parlamentario, un grupo tan actual, una fuerza tan disciplinada y con tanto porvenir como el socialismo, lejos de seguir su marcha con interés y de subrayar sus esfuerzos con aplauso, nos veamos obligados á afirmar frente á él la necesidad del orden, á recordar el hecho de la convivencia social que exige respetos, y la regla elemental para el político, de no destruir una institución, aunque sea impopular ó con defectos visibles, mientras sea útil ó no la sustituya con ventaja otra, cuya viabilidad esté bien asegurada.

Una crítica exasperada y amenazadora es todo lo que hay en los discursos del diputado socialista; de ella no pueden sacarse consecuencias prácticas... Nada más fácil, por ejemplo, que lamentar la enorme cifra de gastos militares, la pérdida de salud y de tiempo que implican los ejércitos modernos, pero nada tan peligroso ni tan tonto como hacer por ello programas de supresión ó limitación de las instituciones armadas; y en general, todo cuanto sea presentar críticas que no traigan todas estas reservas, y fundar sobre ellas proyectos, fulminar en méritos de ellas amenazas no arguye mayor libertad ni más amplitud de pensar, que nunca puede confundirse esto con la temeridad ó la estulticia. Y un testigo tan poco sospechoso como Renan, á quien no negaremos amor de la verdad y nativa independencia espiritual nos dice en el prólogo á

(1) Recuérdese el diálogo de Platón, *Gorgias*, en el que Sócrates define el arte diciendo que es una disciplina que enseña á los hombres á hacer alguna cosa que sea útil para transformarlos mejores de lo que son.

(2) Casi al mismo tiempo que Ruskin, en Francia, George Sand, en su correspondencia con Flaubert, principalmente, se muestra entusiasta defensora del arte, considerado tan sólo bajo su influencia social.

sus diálogos filosóficos, escrito en los dramáticos días del sitio de París: «Pour presser librement il faut être sûr que ce qu'on public ne tirera pas a concéquence. Dans un État gouverné par un souverain maître de sa force armée, on a plus d'assurance; car on sait que la société est gardée contre ses propres erreurs. Ont devient timide quand la société ne repose que sur elle-même, et qu'on craint, respirant trop fort, d'ébranler le frêle édifice sous le quel on est abrite..... Voilà pourquoi le republiques bien que souvent plus liberales, que les monarchies enoers la liberté de penser nuisent indirectement a celle-ci, par suite de les precautions que le philosophe s'impose pour éviter que la masse des esprits étroits ne prenne le change sur ses intentions»; ó sea que el pensamiento del político no ha de huir del pueblo, pero tampoco ha de encogerse bajo el peso del público y adaptarse á la opinión. Si esto es mengua de las normas más elementales de una vida social noble porque tanto deforma la mente y debilita la voluntad una cosa como otra.

Consideren los que simpatizan en algo con las ideas de justicia social que envuel-

ve y difunde el programa socialista cuántas iniciativas de democracia en orden del gobierno nacional, del socialismo de la cultura y de la asistencia total de proletarios y proletaroides se retrasaron, sacrificadas á una estridencia, dicha sin calor, y oída sin agrado, que ni el mérito de aglutinar á los tibios ha tenido. Porque la vitalidad de las ideas es relativa, y siempre, más en los momentos de su aparición necesitan del *hombre* para triunfar, y el hombre les ha faltado en absoluto.

Muchas veces todavía habremos de insistir en esto: que la abundancia del mal no corrige automáticamente el mal, que la injusticia no se repara, sino que se agudiza con injusticias contrarias, que es largo, peligroso y humillante, casar dos violencias opuestas para obtener una armonía.

Extender estas opiniones, hacer que sobre ellas construyan sus reglas de acción amigos y enemigos, es base del éxito para quien profese un ideal traducible en leyes y para los que quieran ver dignificada la vida pública española. Siempre y ante todo: ¡orden! ¡disciplina!

MANUEL REVENTÓS.

≡≡≡ Nosotros los jóvenes

**Un libro de Hans Wegener,
traducido por Luis de Zulueta**

Va cayendo el romanticismo de la literatura, y es de suponer que, aunque tarde mucho más, irá desapareciendo de la vida. Es preciso. Era necesario que el romanticismo, que es la poetización de la libertad del instinto, fuese decayendo á medida que el hombre se civilizase. En ninguna otra ocasión siento y percibo el avance de la civilización, como cuando veo, acá y acullá, que los hombres de más alto talento se plantean el problema de la austeridad. A un lado pesimismo y elegías. Si hoy los hombres de muy diversas opiniones se atreven á abordar gallardamente la gran lucha contra el instinto, precisamente en el terreno en que éste es el rey y señor, absoluto y despótico, es preciso reconocer que la dignidad de la conciencia humana se ha fortalecido mucho, y que ha crecido notablemente el imperio del espíritu sobre la materia.

Aunque mis ideas religiosas sean muy distintas de las de Pedro Corominas, yo bendigo al destino que me hace vivir en el momento en que *La vida austera* aparece; y considero como una notable señal de progreso humano el que este libro se haya escrito. Y, desde luego, el que se haya escrito en catalán y publicado en Cataluña, hecho de muchísima mayor trascendencia de lo que parece á simple vista. Hasta ahora es el único libro que en España plantea la cuestión sexual. En el extranjero ella está ya sobre el tapete. Su discusión apasiona, y centenares de libros se imprimen sobre tan sugestiva materia, libros que circulan y son leídos con profusión extraordinaria.

A falta de más numerosa literatura propia, ha obrado muy bien Luis de Zulueta dando á conocer el libro de Hans Wegener, que es como el evangelio de la norma sexual en Alemania. Es un hecho muy

significativo el éxito editorial de estos libros. De la obra de Wegener se han vendido más de 85.000 ejemplares. Los famosos escritores Sylvanus Stall y Mary Wood-Allen agotan en los Estados Unidos sus ediciones, cuya publicación llegó á ser un buen negocio para la Vir Publishing Society que las imprime. Entre nosotros, donde pocos leen y nadie compra libros, del de Pedro Corominas se agotaron dos ediciones en pocas semanas. Permítaseme ver en esta popularidad creciente de la literatura austera una prueba irrefragable de que se tiende á la mejora, y de que un deseo de redención existe latente, aun en las generaciones más entregadas á la vida del instinto.

Hans Wegener titula su obra *Wir junge männer!* (Nosotros los jóvenes. El problema sexual del joven soltero.) El famoso editor Daniel Jorro, de Madrid, es el que ha publicado la traducción. Sea felicitado.

El autor abre la puerta con una cuestión tremenda: el *honor del hombre* en nuestro tiempo. Digamos antes, que las ideas matrices de la obra son las siguientes: gallarda afirmación de la personalidad, del yo, para el resplandecimiento de sus atribuciones de unidad, claridad y fuerza, y, sobre todo, de la dignidad; aceptación del instinto sexual como fuente de toda vida humana, pero sujetándolo á un control y sujeción tal al espíritu, que su vigor anárquico y animalizado se convierta en origen de sanidad, de fuerza y de alegría; purificación absoluta de la relación sexual, y consiguiente dignificación y elevación de la mujer; sentimiento intenso de la responsabilidad humana y social.

¡El honor del hombre! Aunque acaso Wegener ande en este punto un poco difuso envolviendo la verdadera definición y, por lo tanto, disminuyendo la mayor sugestión de eficacia de aquella idea bajo una literatura muy efusiva, creemos que uno de los tópicos más trascendentales

que se puedan traer á discusión es precisamente éste.

Dice el profesor Graell, y nosotros sus discípulos hemos de tomar por misión el repetirlo por todas partes, que ya que la familia es la única institución, base de organización humana posible, hay que ir decididamente á robustecer la familia, y con esto se conseguirá, por añadidura, aumentar la actividad productiva, la población y la riqueza. La familia, lejos de ser, como algunos anarquizantes pretenden, una etapa inferior de la humanidad, es al contrario, una etapa á conquistar. Es irrisoria, bajo el punto de vista económico-social, la corriente hacia el divorcio; tanto, por lo menos, como la del amor libre. La familia es todavía un ideal á conseguir. La humanidad ha conquistado lentamente, por grados, la estabilidad de los elementos de la familia. Del matriarcado al patriarcado, del patriarcado poligámico á la familia monogámica, hay siglos de distancia, cada uno de los cuales es un progreso más. Y aun la familia monogámica actual ha ido purificándose á costa de grandes y seculares trabajos. La libertad de las casadas fué una etapa social, de la cual se conservan vestigios en las costumbres de ciertos pueblos y regiones del planeta, aun en Europa. La libertad de las solteras ha sido un problema formidable, que la humanidad tiende á resolver á medida que se civiliza. Todavía subsiste, por ejemplo, y para citar un pueblo de civilización reciente, en el Japón, pero va desapareciendo. En cambio, en la India inglesa, los esfuerzos de los misioneros parecen estrellarse en vano contra la libertad de las relaciones sexuales. Y claro está que á base de esta libertad no hay familia posible; ó por lo menos no puede haber estabilidad ni robustez en aquella institución. Y no es que tal supervivencia se conserve solamente en Oriente. En realidad, aunque entre nosotros el problema está casi del todo resuelto, y la libertad sexual de la mujer soltera, de hecho—y como fenómeno de masa—no exista, la conquista es mucho más reciente de lo que se cree. Que se repase con detención toda la literatura hasta los últimos siglos inclusive, y medítese si todo el caudal de galantería que fué la motivación de poetas y escritores, puede tener aplicación seria y significación racional en la sociedad de nuestros días. Afortunadamente, y salvo las excepciones, pertenecientes más bien á la patología social que á la economía, podemos afirmar que la mujer aporta hoy día al matrimonio toda su integridad moral y física. Tenemos ya, pues, uno de los elementos de la familia *purificado*.

Pero ahora se levanta otro tremendo problema: la libertad del hombre soltero. Como sea que todas las relaciones sexuales que distraigan, retrasen, dificulten y comprometan el matrimonio, son atentados contra el prestigio social y económico de la familia, hay que ir á *encerrar* al joven, como se *encerró* á la muchacha, según la frase gráfica de mi maestro. Hay que ir á la purificación del hombre, como se tendió siempre á la purificación de la mujer. Solamente cuando ambos cónyuges constituyan la familia sobre la base de su entereza moral y física, de la limpiezas de sus cuerpos y de sus almas, entonces la humanidad poseerá *la familia*.

Por esto es muy hermoso ver cómo el fenómeno se está realizando, y cómo va apareciendo por todo el mundo una literatura que predica la austeridad y la cas-

tividad á los jóvenes, prescindiendo de ideas religiosas y atendiendo solamente á la moral natural. Es un hecho nuevo en la historia de la humanidad. Por esto, pues, es tanto más significativo ver cómo se empieza á hablar ya del *honor* del joven. Y cómo religiosos y ateos, espiritualistas y aun naturalistas, coinciden en la predicación de las mismas virtudes. La humanidad sigue su marcha; dichosos los que perciben su andar.

Aunque sea apartarme un momento del motivo del artículo, no puedo sustraerme al deseo de decir dos palabras sobre el elemento poético de las relaciones sexuales en relación con el fenómeno social-económico que acabo de consignar. No puedo resistirme á dejar de expresar mi convencimiento de que los resultados de la purificación del hombre no pueden menos de traer una purificación verdaderamente grande de la musa erótica. Véase cómo insensiblemente va cayendo el romanticismo, como decía al principio, y contémplese cómo va surgiendo una temática poética honrada y pura. En una palabra, la lírica erótica tendrá forzosamente que desdoblarse, separándose en pornográfica y epi-talámica (en el sentido rigurosamente etimológico de ambas palabras), aquélla en descrédito y decadencia inevitable, ésta en crecimiento floreciente. Me ha sugerido esta idea, además de otras cosas, la lectura de un libro novísimo, admirable, que tiene un gran valor representativo y simbólico. Me refiero al *Torment-Froment* de López Picó, y, en general, á toda la poética del ciclo novecentista, formado especialmente por José Carner, Bofill y Matas y algún otro. La publicación de este libro es un paso adelante hacia nuevas y venturosas eras de honradez y honestidad poética, representativas de honradez y honestidad social. Entre *La vida austera* y *Torment-Froment*, hay más estrecha relación de lo que á primera vista parece. Felicitémonos, de paso, que sea en Cataluña donde todas estas cosas sucedan, dentro de España, y de que mientras en Madrid los intelectuales banquetean á la «Fornarina» y á otras grandes hetaïras, nuestra juventud catalana vaya poco á poco enorgulleciéndose de su austeridad.

Pasó la digresión, y volvamos á Hans Wegener. Después del capítulo dedicado al *honor del hombre*, lleno de sanos y confortados estímulos para conservar la integridad moral y corporal, consagra muchísimas páginas á tratar del «instinto sexual». Como ya hemos hecho notar, el autor, enaltece, del mismo, todo el inmenso valor vital, valor que únicamente podrá beneficiar y ser útil al hombre, al mismo tiempo que dignificarle, en cuanto sea sujetado y disciplinado á la voluntad. Reproduzco aquí esta admirable síntesis: «Desde hace largos siglos el hombre trabaja para subordinar todas las fuerzas posibles de la naturaleza; y ¿podrá sentirse dueño del mundo mientras no haya sometido á su voluntad la potencia natural más fuerte, la que más de cerca le interesa, la fuerza sexual?»

A continuación habla Wegener de las mujeres. La literatura austera encierra en este tema, además de su grandiosa lección moral y social, una fuente de poesía realmente asombrosa, tanto más intensa y humana cuanto más descubre los nuevos horizontes que al través de la purificación de las relaciones sexuales se vislumbran, y cuanto más tiende á enaltecer, dignificar y

ennoblecir á ambos sexos. Hay paisajes de *la vida austera* realmente emocionantes, y lo mismo en la obra de Winfield Hall, tanto como en la de Wegener, que nos ocupa. No he de insistir en el contenido de este capítulo; sólo diré que después de haberlo leído, *se siente mejor* y *se ve más claro*, y una especie de dulzura no sospechada cubre como con un velo los deseos y anhelos viriles.

Dicha y trabajo. Aquí canta el autor, con esta voz de sana alegría y de confortador optimismo, un hermoso himno al trabajo, que es una verdadera sugestión ó estímulo á la actividad, no sólo para dar satisfacción al impulso de producción y de vida, sino como defensa contra el ocio... contra el temible instinto. Admírase, en esta parte de la obra, la varonil protesta contra la literatura, el espectáculo y todo pasatiempo corruptor, y el llamamiento á los jóvenes á la serenidad, á la continencia... y á la piedad y caridad para con «el innumerable ejército de seres humanos que se hallan directa ó indirectamente al servicio del instinto sexual», á quienes ha prostituido, envilecido y sepultado en el lodo sin esperanza de redención, nuestro afán de libertad del goce. El episodio que á este respecto explica el autor en la pág. 127, es conmovedor.

La salud. La autoridad de eminentes profesores y médicos es en este capítulo reportada para ilustración sobre las manifestaciones y el alcance de los fenómenos patológicos relacionados con esta materia, y para establecer reglas y normas higiénicas. Son echados por tierra muchos sofismas que circulan como moneda corriente para justificar la libertad sexual en nombre de la salud. No hay ninguna razón fisiológica ni de especie alguna que pueda justificar ó disculpar la no austeridad.

Los tres últimos capítulos, *La generación venidera*, *El pueblo*, *Conclusión*, son destinados á la propagación de las hermosas ideas de responsabilidad social, de la trascendencia é influencia de todas nuestras acciones en el pueblo y en nuestros hijos. «Amad la *Patria* como *Filia*, como la tierra de nuestros hijos. Que este amor constituya nuestra nueva alcuernia.» Estas palabras de Nietzsche inspiran los hermosos pensamientos con que Wegener llena toda esta última parte del libro. «En nosotros duermen generaciones que no esperan más que ser despertadas. En nosotros están encerrados los cuerpos y las almas de nuestros hijos»... El alma nacional es el tema lírico con que el autor termina la obra, cuyas páginas se cierran entre cantos á la patria alemana y á los grandes hombres que la han constituido y robustecido con sus esfuerzos desinteresados. «¡Seamos puros, para bien de nuestro pueblo!»

Pero aun, antes de terminar, y echando una ojeada general al conjunto de su labor, hace resaltar que al tratar aquellas graves cuestiones y al dirigirse á los jóvenes para mejorar su vida, no riñe, no sermonea, no entona elegías ante la corrupción de los tiempos; no condena ni reprende. Es su obra de afirmación, de consejo, de ayuda, de estímulo, de optimismo, de redención.

Mas, ¿qué dichosa obsesión hace que muchos de los que tratan la cuestión sexual no sepan prescindir de meterse á teólogos? ¿Por qué se metió á teólogo Pedro Corominas, echando con ello á perder gran parte de la eficacia de *La vida austera*? ¿Por qué motivo Hans Wegener dedica las

dos páginas finales á construirse una teología para uso personal suyo y de sus lectores? Yo he leído la muy seria y muy científica obra del profesor norteamericano Winfield Hall. En ella, después de tratar magistralmente la cuestión sexual, al estudiar las relaciones de la moral sexual con la moral religiosa, acata y saluda á la moral cristiana, (*inspiradora, latente, implícita, invariable, inevitable de toda la moral austera laica*,) aunque evidentemente no profesa la religión. Pero W. Hall es americano, y por lo tanto, hombre práctico y de ideas eficientes. No así los europeos, tanto germanos como latinos, inevitables dogmatizadores. Se comprende que un autor que se sienta llamado á dar su opinión sobre la cuestión sexual, pueda no sentir la necesidad de tener ideas religiosas y no hable de ellas. Pero es altamente impolítico comprometer la eficacia de una admirable lección de moral social construyendo una interpretación teísta personal, capciosa y por lo tanto artificial y efímera, pretendiendo con ella sostener y afianzar lo primero.

De todos modos y aparte este distinguido, reciba mil felicitaciones don Luis de Zulueta, el acertado y pulcrísimo traductor, y el editor señor Jorro (1), al cual deseamos también, con este libro, un éxito editorial semejante al que ha obtenido la obra original.

RAMÓN RUCABADO.

(1) Nota.
Próximamente reseñaremos también la obra de Heinrich Lhotzky: *Die Seele deines Kindes*, traducida también por el señor de Zulueta, con el nombre *El alma de tu hijo*, y recientemente publicada por el mismo editor nombrado.

DE VALENCIA

LA CERÁMICA EN LA EXPOSICIÓN DE VALENCIA

El arte retrospectivo de nuestra Exposición ofrece este año una de las más brillantes manifestaciones del gusto artístico de los valencianos, y constituye una verdadera escuela, donde se podrán estudiar notables ejemplares antiguos de cerámica, pintura, escultura, bordado, orfebrería, herrería, etcétera.

Con muy buen acuerdo, la comisión encargada de esta sección ha colocado por grupos cada clase de objetos que la forman, destinando una espaciosa sala á la cerámica, donde se han arreglado más de mil piezas entre mayólica, azulejos, ánforas, cristales y otros objetos similares.

A nadie se ocultará la importancia de esta sala, teniendo en cuenta que desde muy antiguo se fabricaron en Valencia toda clase de lozas, gozando por ello de gran fama esta ciudad ya en tiempo de los romanos, y ciertamente muy merecida, pues, según dice Plinio, sólo en Sagunto se ocupaban en esta industria 1.200 operarios. Los trabajos de alfarería, pujantes en tiempo de los árabes, se desarrollaron mucho después de la conquista por D. Jaime I, llegando á su cumbre en el siglo XV, empezando á decaer en el XVI, y recibiendo duro golpe en tiempo de Felipe V. Dichos productos valencianos se exportaban en grandes cantidades al extranjero, llegando á ser el encanto y admiración de la nobleza de Italia, así civil como eclesiástica. El historiador Escolano dice que la obra de loza se hacía en Manises con tal hermosura y lucidez, que era muy apreciada, enviando

bajeles cargados de ella á tierras italianas, en recambio de lo que recibíamos de Pisa. Por su parte, Diago dice que la loza manisera estaba pintada y dorada con tal arte, que seducía al mundo entero, hasta el punto que el Papa, los cardenales y príncipes, hacían sus compras aquí, admirando que con la simple arcilla se pudieran hacer cosas de tanto gusto. Cuando Felipe III visitó el edificio de la antigua Diputación, el 22 de abril de 1632, se le regalaron cincuenta platos de Manises primorosamente dorados, cuyo obsequio agradeció en extremo.

Todas estas preciosidades se fabricaban en varios pueblos de la provincia de Valencia. En el siglo XIV habla Exímenis de la obra común de Paterna y de la belleza de la obra de Manises; los escritores del siglo XVI elogian la loza dorada del mismo pueblo, y también la pintada de blanco, amarillo y verde de Murviedro, que era excelente y semejante á la de Toledo, y Beuter habla de la cerámica de Paterna, Manises, Cuarte, Villalonga y Alacuás, afirmando que en Atenas no se hacían obras mejores, ni le llevaban ventaja los vasos de Corinto, ni la obra de Pisa, de Pesaró, ni de otros lugares, en sutileza y hermosura.

La historia de la cerámica valenciana está por hacer, y los Museos y colecciones donde se encuentran los productos de esta industria no existen, ó están en poder de particulares. De aquí la gran importancia que tiene la sala que nos ocupa, y si bien es cierto que no hay ejemplares suficientes para estudiar todo el proceso de su historia, algo se puede saber con los que se han presentado de las obras de alfarería que se fabricaban en Alacuás, Biar, Bechí, Castellón, Cuarte, Onda, Sagunto, Valencia y otros sitios, pues de todos estos puntos habrá sin duda muestras, aunque no sepamos distinguirlas entre sí y las atribuyamos á Manises. Los ejemplares que se exhiben nos manifiestan los adelantos de esta industria en los siglos pasados.

No nos hemos de ocupar de todas las obras y de los expositores que figuran en esta sala, pero sí queremos mencionar algunos y hacer notar los ejemplares más valiosos para que los aficionados los estudien, y puedan sacar algún provecho de tan hermosa instalación.

Hablemos primero de la mayólica dorada, cuyo principal expositor es D. Emeterio Albers, vecino de esta ciudad, el cual ha presentado más de 400 ejemplares.

Es digno de notarse en primer lugar, un tetón del siglo XV, precioso plato con relieve en el centro y un león rampante dorado: está señalado con el núm. 271, y en nuestro sentir es el mejor de todos. En este ejemplar, como en otros varios de la sala, ánforas y jarros, se advierte la característica de la obra de Manises del siglo XV, cuyo reflejo metálico era más vivo, más intenso y hermoso, hasta el punto que hiere la vista con tanta brillantez, haciéndole desmerecer un poco. Son también dignos de notarse otros seis tetones del siglo XVI (núms. 179, 194, 225, 231, 253 y 284) con adornos metálicos y azules; y gran número de platos ordinarios de la misma época, con los cuatro lirios que aparecen en su centro y adornos distintivos del Renacimiento, afectando cruces y otros emblemas: hay uno muy curioso con el escudo de la Merced (núm. 176).

Hay también muchos platos del siglo XVII, que se distinguen por los adornos afectando palmas, claveles y el águila teológica. La mayor parte de los ejemplares del siglo XVIII ostentan ramajes y flores del más perfecto dibujo. Como muestra igualmente de la fabricación de Manises en el siglo XVI, notable por la brillantez del reflejo, hay dos platitos (números 264 y 265), conocidos hoy con el nombre de *catavinos*, los que todavía se fabrican y venden como imitaciones, cuando en realidad no son tales imitaciones, sino la misma fabricación continuada hasta nuestros días. Se pueden admirar igualmente varios ejemplares de esta clase del siglo XVII. Del mismo expositor son dignos de mención: una

tinaja de cuatro asas (núm. 359) del siglo XVI, y otra del siguiente (núm. 348); un tazón (núm. 272) y una pilita (núm. 381), ambos objetos del mismo siglo XVI. No indicamos otros objetos, como hueveras, tazas, búcaros, jícaras, saleros, barreños, salvillas, etcétera, por no hacernos demasiado largos.

Otros expositores han presentado, entre varios objetos de cerámica, algunas piezas de reflejos metálicos. D. José Gutiérrez presenta, entre otros, un plato con escudos (número 775), dos del siglo XVI (770 y 778), y

otros; D. Francisco Martínez una tacita del siglo XVI (núm. 764), un plato con una águila de dos cabezas, y otros del XVII; D. Manuel González cuatro platos del XVI, uno del siglo XV (núm. 789), y otros; D. José Bernal varias piezas del XVII; D. José Almenar una bacía del XVII; D. Amadeo Champín dos tetones del XVI y otros platos del siglo siguiente; D. José Hernández varios platos de diferentes épocas, etc.

L. F.

La América latina

PELAYO GONZÁLEZ

Coignard, el señor abate Gerónimo Coignard, aquel hombre rebotante de ciencia y de bondades, cuya vida y opiniones ha relatado el ingenio de Anatole France, no sería tan ligero, burlón é inconsciente, si en vez de ser francés, con todo el carácter frívolo de su raza, perteneciese á cualquier otro país. Nacido en Alemania, criado en Italia, el ambiente seco de las viejas ciudades germánicas ó la transparencia y diafanidad del cielo italiano, habrían modificado su espíritu, y en el fondo y en la forma sus enseñanzas hubieran sido muy diferentes de lo que son en el temperamento francés.

Pasando á España, habiendo nacido en cualquier rincón de la península, Gerónimo Coignard habría perdido algunas de sus cualidades características para gozar de otras; habría sido más grave, más reposado; sus paradojas habrían sido menos brillantes pero indudablemente más certeras, ya que el brillo quita á la idea su calor y su fuerza; y en mucho sus ideas todas habrían sufrido un notable cambio, porque en su vida no hubieran existido la señora Pigoreau, ni Catalina, ni Jahel. Y á haber sido un contemporáneo nuestro, el clásico misogenismo de nuestros pensadores, no se habría conmovido ante las gracias de una bailarina de garrotín. El abate Coignard, español y contemporáneo nuestro, no hubiera visto desfilar por el horizonte de su vida otra mujer que la patrona de la casa de huéspedes.

Todo aquel artificio del abate galanteador y presuntuoso que es el buen señor Coignard, habría sufrido una enorme transformación si la suerte hubiese querido hacerle nacer en la vertiente meridional de los Pirineos. Menos literario, menos decorativo, habría sido una figura más próxima á la realidad, porque en su alma cabría un poco más de ensueño, desalojando esa agria ironía que á veces duele como un golpe y otras veces amarga como la hiel.

Coignard, español y contemporáneo nuestro, pensaría y obraría como Pelayo González, cuyas ideas, hechos y muerte nos relata, en estilo filialmente conmovido, el literato cubano Alfonso Hernández Catá. Hay en esta obra rasgos «coignardescos», transformados por el tiempo, modificados substancialmente por el medio. Es el mismo espíritu, después de una evolución de trescientos años, porque aun cuando á veces haya ciertas aproximaciones en la idea, más ó menos visibles, algo separa los dos caracteres, abriendo entre ambos un enorme abismo. No solamente hay entre Coignard y González la distancia que media entre France y Hernández Catá, sino la diferenciación del medio, del ambiente, todo eso que imposibilita á un hombre ser en París lo que es en Madrid y vice versa.

«Pelayo González» puede ser considerado como un reflejo de la vida madrileña contemporánea, es un documento del alma española, una importantísima contribución al estudio del pensamiento peninsular en este momento de graves problemas. Las mismas coinciden-

cias con otras obras, sus puntos de contacto con Anatole France, sirven admirablemente para la mejor comprensión de ese estudio de psicología colectiva. Toda España, poco á poco, ha venido sintiendo la influencia del pensamiento europeo en estos últimos años. Todos, hasta los más apegados á la ley de la raza, como ese rectoral Unamuno, que pretende «africanizar» á Europa, deben su energía, su actividad, el impulso ardiente de sus paradojas á influencias externas (Unamuno ha traducido para su uso al sueco Kierkegaard y al traducir la letra de sus libros se ha adaptado su espíritu). Por esto mismo, «Pelayo González» es un excelente reflejo de la mentalidad española que, arrastrada por la necesidad del momento, adapta á su manera de ser las modalidades salientes de otros países y otras razas; pero, insensiblemente, con ese fuerte poder de conquista que parece propio de lo español lo transforma, y al modificarlo lo hace suyo de verdad.

En Pelayo González hay un poco del viejo pícaro; sus comparaciones son siempre un poco á ras de tierra y su vida se distingue más por la exactitud de la observación que por la espiritualidad del concepto. A pesar de todo, piensa bien y al través de sus paradojas, se ve el ansia de vuelo que en el ambiente del café madrileño se contiene para no despertar las burlas de los demás.

«Dios no es más que el producto de una cobardía, dice en cierto lugar, concretando las divagaciones de Buchner; pero agrega más lejos: «El fin de la vida no es vivir, sino morir, y buena prueba de ello es que los hombres han buscado siempre toda ocasión de producirse la muerte colectiva y rápida. Si no fuera por eso cierto, ¿habría progresado menos la medicina que el arte de la guerra? La muerte se consigue por medios artificiales, con perfección, y la vida no se logra ni aun imperfectamente.»

El español aparece en este pensamiento. Hasta en ese final, un tanto equívoco, como tendido al chiste del interlocutor, esperado, preparado, y que en ningún otro idioma se ofrece como en el nuestro.

He aquí algunas de sus opiniones, en las que se puede ver pasar el alma española contemporánea, tan sencilla y complicada á un tiempo.

—La ley la hacen los grandes, piadosamente, para convencer á los pequeños de la irremediabilidad de su sumisión, haciéndoles menos dura la tiranía.

—Un hombre de genio es semejante á un pato: ni puede volar alto, ni andar bien.

—La tiranía es un dolor que no acierta á llorar, y sonríe; la ironía es un veneno dulce.

—La ironía es la indignación de los hombres pasivos.

—Todo hombre meditativo, tiene que marchar por la vida con la penosa incertidumbre de un ciego que dudara de su tacto.

—Si yo hubiera nacido aquí, habría dicho: «Los latinos están admirablemente dotados para muchas cosas inútiles.»

—Cada libro es una ventana abierta á la desconfianza.

Pelayo González, cuyas ideas, hechos y muerte nos relata Alfonso Hernández Catá, es un español de pura cepa. Toda la vieja fantasía lírica se transforma en él en desilusión, desencanto y amargura. Vive pobre y olvidado en un misero cuartucho y se alimenta pobremente. Sus discípulos le hacen traición cuando comienzan á ascender por los peldaños del bienestar y de la grandeza. Muere en la paz de su cuarto, en una tarde de primavera, sin llanto y sin tristeza. Sus discípulos, al volver del entierro, modesto y sin pompa, se detienen en un café de moda á beber un vaso de cerveza y á admirar las mujeres que pasan.

No hay allí nada triste, nada melancólico; en la vida y en la muerte del grande hombre hay algo de la poderosa fuerza atávica que en España es conformidad y resignación.

«Pelayo González» pudiera ser un libro excelente en su moral investigadora, si hubiese en él un poco más de energía, un poco más de virilidad rebelde. Infelizmente, hay que decirlo así: Coignard, español y contemporáneo nuestro, no puede ser otra cosa de lo que es Pelayo González.

Alfonso Hernández Catá, que hasta ayer se había perdido por los vericuetos del erotismo literario, ha encontrado la buena senda y es de creer que ya ahora no transformará su manera de ser para regresar en absurdo retroceso. Hoy por hoy, «Pelayo González» es una obra única en España. Muchas de sus opiniones quedarán definitivamente. Algunas de sus ideas no se olvidarán nunca. Y esto es un triunfo para el joven escritor.

JUAN MAS Y PÍ.

Buenos Aires, mayo, 1910.

LIBROS

ORATJES DE TARDOR, novela por FERNANDO DE QUEROL y de BOFARULL.

No puede decirse que sea esta una novela más del prestigioso escritor tarraconense; es, en nuestro concepto, la novela de Querol por antonomasia. Querol ha dado con el ambiente en que habían de hallar mejor empleo sus cualidades de narrador, y de aquí el carácter particularísimo de esta obra no sólo entre las de su autor, sino también dentro del caudal de la novela catalana. Así viene á darse vida á un nuevo género de novela, apenas iniciado entre nosotros, novela de anécdota, de sabor de época, de ambiente de pequeña ciudad. Toda vez que el estado de desarrollo de nuestra vida civil no nos permite todavía el florecimiento de la novela ciudadana, es de alabar la iniciativa de los pocos escritores que, como Querol, huyendo del exclusivismo ruralista de nuestras novelas, saben extraer de la vida de las ciudades secundarias el néctar de su propia producción literaria. No sin razón se ha podido decir que cabía esperar de este género cultivado por Querol y otros escritores catalanes no barceloneses, un paso decisivo hacia la eclosión de un género novelístico más en consonancia con los progresos literarios de nuestro tiempo.

Oratjes de tardor, tiene sobre los susodichos méritos genéricos, otro que ya hemos apuntado: el de la acertada elección del ambiente por quien como Querol tiene una vida llena de memorias personales de antaño, memorias de cosas en que intervino tal vez como actor, y que él retiene como buen observador del espíritu humano y sabe narrar en amigables tertulias con verdadero arte de *causeur*. En su última obra ha evocado pródigamente todo este ambiente de su alma en que fluctúan un sín fin de curiosas anécdotas que presenciara ú oyera contar en los años de su niñez y á las que diera valor la importancia

que ofrecen para la historia de su ciudad querida en tiempos de múltiples vicisitudes.

Un buen número de personajes de esta novela corresponden sin duda á otros de existencia real y que desempeñaron su papel alrededor de la famosa revolución septembrina en poblaciones análogas á la hoy abandonada Tamarit, donde el autor supone la acción.

Con lo pintoresco y anecdótico, que es el elemento principal de la novela, y en cuya descripción brillan más alto las cualidades del autor, mézclase un tejido de acciones

sentimentales y hasta un emocionante episodio trágico, cual es la muerte de *Jordi*. En ellos demuestra Querol cualidades ya avaloradas en anteriores producciones, pero repetimos, que lo que seduce al lector constantemente es el ambiente general de la obra, sazónada, en virtud de la acción que allí se desarrolla, con curiosos toques de psicología colectiva, no colocados á propósito, sino fluyendo espontáneamente, cual se exige de un género puramente literario.

V.

La Semana

INFORMACIÓN

El atentado contra Maura Nuevamente el despotismo de la violencia ha realizado un alarde de su poder en Barcelona. Nuevamente la faz de nuestra ciudad, tanto más querida por los propios, cuanto más escarnecida y ultrajada por los extraños y por los desnaturalizados, se ha cubierto de rubor por un atentado cometido bajo su égida soberana. Todos nuestros lectores se habrán estremecido de indignación ante el relato del acto criminal del día 22, del que resultó herido D. Antonio Maura. A la protesta ferviente que Barcelona, con España entera, levantó, une la suya vehemente LA CATALUÑA, que, al mismo tiempo, se felicita de que con respecto al ilustre político español no revistieran las consecuencias del atentado gravedad seria.

Por dos veces ha sido el Sr. Maura herido siendo huésped de Barcelona. He aquí otra causa de profundo dolor para la ciudad, que recibe, acumulando en su seno martirizado todas las violencias, todos los ataques, todos los golpes, todas las traiciones de sus enemigos.

El problema de Barcelona—acentuación del problema de España—es un problema de policía y de buen gobierno. La primera, para lograr que sea la ciudad quien vigile sobre sus enemigos, y no dejar que éstos acechen el paso de aquélla, ó velen durante su sueño. Lo segundo, para hacer prevalecer con toda la eficacia de su prestigio, la soberanía civil del Estado, lo único que puede garantizar el orden material y moral, base indispensable, elemento necesario á toda colectividad civilizada.

Respiramos anarquía, anarquía desde el Parlamento, donde un gobierno débil, representación de un Estado débil, tolera á oradores, que se dicen representantes del pueblo, las mayores enormidades contra el orden social, contra las vidas humanas y aun contra el sentido común y el de la historia, hasta la calle donde cualquier mozalbeta hace en la casi impunidad lo que le viene en gana, desde el asalto á la redacción del periódico opuesto, hasta disparar un arma—cuya venta el gobierno dice prohibir—contra el jefe de un grupo de ciudadanos que profesa una idea política contraria. Se justifica doctrinariamente la violencia para no apartar la posibilidad de una revolución dentro de corto plazo; abominable sistema que tomando de los grandes acontecimientos de la historia solamente sus *consecuencias* sangrientas, pone en estas manifestaciones cruentas el *fundamento* necesario de la redención del pueblo.

El único resultado positivo que se logra con esta doctrina de *degustación* revolucionaria, hoy en moda de todos los izquierdistas, es tener al espíritu popular cada vez más lejano de su educación y elevación. Puesto que con el sofisma de la necesidad apriorística de la violencia para el prevalecimiento de la propia opinión, se lanza una tremenda negación

á toda la obra de civilización que tras largas y rudas etapas la humanidad realiza. Si la disconformidad social ó política justifica la agresión violenta, induciendo por tanto á la defensa violenta, ¿en qué va á diferenciarse el hombre civilizado del hombre primitivo? Los que pretenden amparar las violencias actuales, con el carácter de represalias á violencias históricas, es evidente que tienen en muy poco aprecio á la Civilización, es decir, á la mejora y ennoblecimiento incesante del Hombre al través de los tiempos.

El único remedio posible—lento acaso, pero el único,—es el robustecimiento del Estado por medio de la educación nacional. Cada concepto denigrante del Estado es un paso á la anarquía; toda palabra, idea ó hecho favorable al Estado, es una piedra del dique contra la disolución social. No debemos cansarnos de propagar estas ideas, hasta convencer á los anarquizantes, es decir, á los antiestatistas de todas las clases sociales, que España no tiene otra salvación que en el Estado, en un Estado que se apoye menos en el hierro de las bayonetas que en la conciencia de los ciudadanos.

La Exposición de Bruselas Atentamente invitada nuestra Revista por el Comité español del gran certamen internacional, nuestro redactor jefe D. Ramón Rucabado ha partido para Bruselas, incorporado á la expedición de periodistas españoles que visitarán aquella capital y la Exposición durante los primeros días de agosto. En los próximos números ofreceremos á nuestros lectores documentada información sobre este grandioso Concurso. Asimismo publicaremos una reseña del importante Congreso de Ciencias Administrativas que se ha celebrado del 25 al 30 de julio en aquella capital, y al cual han asistido nuestros distinguidos amigos y colaboradores, D. José M. Tallada, don M. Vidal y Guardiola y don F. Sans y Buhigas.

TEATROS

Los últimos estrenos Los estrenos principales que nos ha ofrecido la Compañía de la Srta. Moreno y el Sr. Santiago que acaba de actuar en Novedades, además de la traducción castellana de «Juventud de príncipe», ya conocida en catalán de nuestro público—obra poco simpática por sus tendencias sensibleras—son «La escuela de las princesas» de Benavente, y «Amores y amoríos» y «El Centenario» de los Quintero.

La musa de Benavente es una señorita de la clase media, provinciana, que ha recibido regular educación, que á fuerza de leer á

Cervantes sabe expresarse correctamente y con gracia y que viste á la moda de París. Pero por más que hace no puede ocultar su *provincianismo*; porque es chismosa, murmuradora y amiga de comidillas. Se muere por las pequeñas anécdotas de las pequeñas reuniones. No quiere ilusionarse con nada; busca en todo *el gato encerrado*. A veces, por darse tono, finge preocuparse de las inquietudes espirituales que agitan al mundo civilizado. Y entonces se hace pedantesca y sentimental. Alguna vez sintióse ibseniana y quiso imitar con juegos de palabras la sencilla y terrible profundidad del gran noruego. Otras veces, después de leer á Bourget cree de buena fe *tener una psicología*. Pero jamás puede prescindir de su incorregible chismear. («Los intereses creados» no son sino una chismografía enorme, una murmuración maliciosísima de todo cuanto la sociedad creó.—No sátira elevada, sino chismografía maliciosa.—Por esto allí habrá ingenio si se quiere pero no grandeza.) Finalmente, ama con entusiasmos de modistilla el lujo exterior de *uniforme* y decorado de unas cortes más ó menos imaginarias en que los reyes y los príncipes son, en el fondo, tan buenos burgueses, tan chismosos, tan insignificantes como ella...

La musa de estos buenos provincianos, don Joaquín y D. Serafín, es una señorita de pueblo, mal educada, ineducada, mejor dicho, que gusta de sacudir al sol su optimismo inconsciente de bestezuela feliz. En las hojas de los almanaques aprendió á gustar de la poesía sensiblera en que hay flores, muchas flores y mariposas, muchas mariposas. Aprendió también allí, en las «misceláneas» á tirotear á todo ser viviente con chistes inoentísimos. Es patriota: su patriotismo es el color local... A veces la miramos con lástima curiosa; otras veces la odiamos á muerte; quisiéramos exterminarla para bien de la tierra andaluza...

A propósito: permítaseme copiar aquí unas palabras de un artículo mío sobre estos autores, publicado no hace mucho.

«... Yo no sé cómo Andalucía entera no se levanta contra ellos. Porque la verdad es que la están destruyendo la leyenda policroma sensualmente perversa—lo único atractivo que por ahora tenía, en fin, para los extranjeros—que la crearon los Dumas y los Gauthier.

... Como se difundan algo las traducciones de las comedias quinteronianas, maldito si al más desatinado inglés se le ocurre poner los pies en Andalucía. ¿Cómo, dirán por ahí, la sensual, la perversa leyenda de oro y sangre ha venido, con el tiempo, á reducirse á estas vulgares anécdotas de pobre gente andrajosa que sacude al sol su pobre alegría de bestezuelas inofensivas? ¿Las Carmen, las Inés de las Sierras, no son hoy más que estas señoritas cursis que se tirotean con chistes de almanaque? Era triste en verdad que los extranjeros soñaran con la España de pandereta, con la Andalucía de las castañuelas y de los bandidos y de las navajas en la liga. Pero esta de los Quintero es peor, peor mil veces. Allí al menos había fuerza, sangre, intensidad de vida; aquí todo es miseria y pequeñez. Un ejemplo: ¿no necesita ser muy propenso, pero muy propenso al optimismo el espectador que ante los personajes de *El genio alegre* sienta realmente, hondamente, el optimismo hacia la vida de que aquellos infelices están poseídos? A mí *El genio alegre*, francamente, me pone muy triste...»

Pruebas de todo lo dicho: 1.^a «La escuela de las princesas».—Las frases son á las obras de Benavente, lo que los chistes á las de los Quintero.—Sin unas ni otras no se conciben las obras de uno y otros. Así, en «La escuela de las princesas». Ausencia absoluta de arquitectura; coheteo incesante, fatigante, de frases aceradas; príncipes, embajadores... me-

yor dicho, uniformes de príncipes y de embajadores; luego, muy diluída, perdida casi entre el ruido de los fuegos de artificio de las frases, una *tesis*: existen conveniencias sociales ante las que las veleidades de las princesas caprichosas deben ceder. Y ceden. Pero ceden con tristeza, con resignación dolorosa... Estos *nuestros* entusiasmos por toda sumisión á ritmo, á normalidad, al cumplimiento del social deber, ¡cómo contrastan con la tristeza benaventiana en aceptar estas cosas!

El príncipe Alejandro, se me dirá, bien habla en favor de estas altas satisfacciones del espíritu. El príncipe Alejandro, amigos míos, es un pedantesco fabricante de frases. Casi casi compromete, por falta de tacto, *nuestra causa*...

2.^a prueba: «Amores y amoríos»: toda la cursilería provinciana en acción. Una *tesis* (!) también; existen *amores* y existen *amoríos*. No hay que confundirlos, oh jóvenes provincianos cuyas únicas ocupaciones son escribir versos malos en los abanicos de las niñas sensibleras y jugar á novias. ¡Y qué versos los de los Quintero, dignos sólo de cualquier «Eco de los bordados»!... ¡Y qué abuso de flores! Después de asistir á una representación quinteroniana estoy aborreciendo las flores durante un par de semanas por lo menos.

3.^a prueba y última: «El Centenario.» «Un canto á la vida, á la esperanza» han dicho sus propios autores. ¿A qué vida, á qué esperanza? ¿Al vegetar de toda esa pobre gente aislada del mundo civilizado, puede con razón llamarse vida? ¿Merece ser cantada la esperanza de seguir viviendo para seguir vegetando así?

El pobre hombre D. Juan del Monte celebra el cumplimiento de sus cien años; y aprovecha esa ocasión para reunir á su mesa y reconciliar por medio de la comida y el vino abundantes, á todos sus parientes entre los cuales, la desigualdad en el disfrute de esas cosas creó rencores. ¡Y qué parentela esta de D. Juan del Monte! Un desfile de tipos en los que la repetición, hasta la saciedad, de un rasgo, produce al cándido espectador la ilusión de observación acertada...

Y en la comilona, la parentela se... *alegra*, se reconcilia; después, seguirá vegetando y seguirá odiándose, deplorando acaso sus inconscientes expansiones. Con esto y con la promesa del próximo enlace de una parejita sensiblera, que promete al centenario un tataranieta, da fin la comedia...

Y el público, el pobre y cándido público ha llenado el teatro para ver estas cosas y se ha reído y se ha enternecido con ellas... Y nosotros no podemos indignarnos contra él. No; no podemos indignarnos.

J. FARRÁN Y MAYORAL.

GLOSARIO

Modas Sospecho que jamás en tiempo ni en lugar alguno, la moda ha vestido á las mujeres con tanta gracia, con tanto cui-

dado de la higiene y, á la vez, con tanta picardía como lo hace ahora. Atravesamos, en este punto, dichoso período. Porque, además, parece resultar que las formas que hoy son las predilectas, las de *dernier cri*, pueden en rigor llegar á obtenerse con tanta economía como se quiera; puesto que todo en ellas es sacrificado á la línea, la cual desconoce y menosprecia adornos. De manera que tales formas están, gracias á Dios, al alcance de todas las fortunas. El *chic* natural puede de este modo llegar á vencer, aun sin la complicidad injusta del vil metal.—Diríamos, pues, de la hora actual, *la napoleonización de la elegancia femenina*. El gran principio *vivo* de la obra napoleónica fué, como es sabido, este: *La carrera abierta al talento*.—El principio de la moda de 1910 sería este: *La elegancia femenina abierta al «chic» natural*. Nada tan instructivo, nada tan encantador como rehacer la historia de la indumentaria femenina al través de una colección de grabados de modas...—No quisiéramos, por nada en el mundo, ser tenidos por malos hijos; pero, hemos de confesarlo, la generación que aparece más desprovista de gusto, en parecido asunto, es la de nuestros padres. Las modas de 1880 á 1890 constituyeron una pura abominación. Tal decadencia de instinto artístico representan las dominantes veinticinco años atrás que uno no llega á explicárselo.

Podrá discutirse sobre la estética de la crinolina.

Pero, cuán superior es todavía á lo otro, á lo que vino después, al horrible aparejo que los pueblos latinos nombraron graciosamente: *polisson*, los anglo-sajones pudorosamente *unspeakable*, y los germánicos, llanamente: *Kull*... Y los sombreros! Y las mangas!... Realmente las elegancias de entonces se prestaban á ser reproducidas por un lápiz de la índole del de José Luis Pellicer... (1)

¡Ay, más de un crimen de lesa beldad debe pesar sobre la conciencia de esta generación! Ella fué la que malvendió los muebles Imperio y Restauración, legado de sus abuelos, á cambio de muebles horribles de bazar, figurándose ganar en el cambio; ella fué la que convirtió los antiguos chales armoniosos;—que tanta falta nos hacen ahora!—en tapetes de velador, cuando no en trapos de limpieza; ella fué la que desterró los deliciosos cobertores de tela estampada, las decoraciones de chinos ó de pavos reales, sustituyéndolas por algodones adamascados, y por sedas de la más espantosa vulgaridad; ella, ella, fué la que...

En fin, perdonémosla, perdonémosla para que Dios nos perdone.

XENIUS.

(1) NOTA.—LA CATALUÑA se permite poner una objeción marginal á esta alusión á José L. Pellicer. Será tal vez discutible la cantidad de estética civil que contengan las representaciones iconográficas femeninas del gran dibujante catalán á quien evidentemente no alcanza mucha responsabilidad por ello. Pero, ¿no valiera la pena—ya que su nombre ha sido desenterrado por un momento, de su injusto olvido—de hacer revivir la atención,—nuestra atención tan excesivamente versátil é infantil—hacia el espíritu *patriarcal* de aquel artista que fué también un *gran viviente*, de aquel catalán que presenció y describió en monumentos gráficos, batallas y exposiciones, fiestas y calamidades, tierras lejanas y costumbres propias, de aquel ilustrador, de aquel Reporter, extraño y superior á su tiempo, y á su país, que fué el precursor de una generación de *Artistas civiles*, todavía futura para Cataluña y para España.

La Prensa catalana

En pro de una biblioteca moderna

El Poble Catalá.—De Alejandro Plana.

La falta de libros A todos los jóvenes de buena voluntad.

Estos últimos días, intelectualidades como las de «Xenius», Marcelino Domingo, Román

Jori y Luis de Zulueta, han insistido sobre la vergüenza que representa para nuestra ciudad la falta de libros. En Barcelona, cerebro de Cataluña, la verdadera Biblioteca no existe. La mayoría de libros que se encuentran en las bibliotecas públicas son de una antigüe-

dad tan venerable como inútiles; encontraréis la colección completa de las comedias de Augier y las novelas de Dumas, pero ya no os será tan fácil encontrar los dramas de Lessing, ni la edición completa de las obras de Taine. De los modernos no hablamos, ni de ciertos antiguos tampoco, porque tenerlos sería una modernidad. Y si del terreno literario y del de la crítica literaria pasamos al de cualquiera de las ciencias modernas, Filosofía, Sociología, Filología y especialmente la Metodología, nos encontramos en medio de un desierto cuyos oasis son raquíuticos y un poco lejanos. Los libros, en Barcelona, hacen un tristísimo *pendant* con los Museos. Habrá quien encontrará en nuestro individualismo una razón que lo justifique, pero esta palabra, como todas las palabras-nociones, por sí solas no dicen nada ni demuestran nada. Si la cultura de una ciudad se mide por los libros y los museos, nuestra situación no es nada envidiable. Hace falta, pues, que reaccionemos, y hasta por egoísmo, por amor propio ó por honor, levantemos una muralla de libros para esconder, los unos, su ignorancia y para sostener, los otros, la obra empezada con mucho trabajo en tierras más afortunadas que la nuestra.

Porque si así no se hace, es necesario renunciar á todo porvenir. Hemos vivido demasiado tiempo de palabras y más palabras; que éstas, como los lirismos, se concluyen cuando detrás de ellas no hay la máquina intelectual, productora de calorías que bajo el soplo del alma propia va elaborando los elementos que ha podido recoger de los otros.

Los que después de sus estudios en las grandes ciudades, centros científicos del mundo, quieran mezclar en nuestra sangre el *succum* que llevan, ¿cómo lo harán si los instrumentos les faltan y la iniciativa de ninguno de ellos tendrá fuerza bastante aislada para crearla? ¿Qué triste fin de descorazonamiento no tendrán los esfuerzos de esta juventud que en la reconstrucción cultural vea el espíritu de la Cataluña nueva?

Renán dijo del pasado siglo que era distraído. Después lo desmintió, y ahora cada nación es como una colmena de abejas que anhelan resarcirse del tiempo perdido. Entre nosotros dura la distracción como un estigma, y si una voz de alarma no nos despierta del sueño, peligrarían las fecundaciones del espíritu.

Una buena colección de libros equivale á una Universidad, dijo Carlyle. Y las Universidades son fábricas de pensamientos, añadía no há mucho Manuel de Montoliu.

Si en cada libro está latente la fuerza del intelecto que le da vida, una colección de libros, una biblioteca, es un sistema de fuerzas, una máquina, ya es el comienzo de la Universidad, de la fábrica. Un libro puede ser el iniciador de toda producción intelectual, y una biblioteca integral, una escuela de educadores del pueblo.

Esta biblioteca integral, esta ciudad de libros, no la tenemos. Si hay libros, están dispersos. El afán de conocer los latidos del gran corazón del mundo, enciende en algunos la fiebre de comprar libros y de buscarlos, pero como todo lo que no es colectivo, común, es desorganizado y débil.

Y la falta de medios materiales forma, para la mayoría, el mayor obstáculo en el individual avance de la cultura. Que los libros sean de todos, que se ofrezcan á todos los que los buscan con afán de saber para poder,—invirtiendo la frase de Bacon—que sean cosa de la ciudad, es como decir propiedad de todos, da á los libros un gran valor moral y los hace dignos del mismo respeto que pueden merecer en una ciudad los monumentos levantados á la memoria de los grandes hombres; si unos son el pasado, otros son el porvenir. Cicerón, recuerda Jhon Lubbock, decía que una habitación sin libros es como un cuerpo sin alma. Proporcionalmente, una ciudad sin bibliotecas es como un horno sin fuego, como un mundo sin atmósfera.

Si uno quiere estudiar las corrientes de la filosofía, ¿dónde buscará las obras de Brad-

ley, de Ward, de Ostwald, de Cohen, de Eucken y tantos otros? Si uno desea conocer el movimiento de la sociología contemporánea, ¿dónde encontrará ni la décima parte de lo que en esta materia contiene el catálogo de la casa Alvain, de París? Si tiene curiosidad por la crítica actual, ¿dónde encontrará los estudios de Remy, de Gourmont, por ejemplo?

Esta situación es insostenible. La crisis actual será aún más aguda dentro de diez años, si vamos por el mismo camino. Tenemos en nuestra esfera cultural hombres de voluntad, como Rubió y Lluch, y hombres de inteligencia privilegiadísima como Alomar; hombres de ciencia como Augusto Pi y Diego Ruiz, y jóvenes de atrevidas orientaciones como Vidal Guardiola; hombres de síntesis como Pedro Corominas, y hombres analíticos como Alcover, el filólogo. Pero la cultura catalana no existe, y ahora que la cruzada ha empezado, todos y cada uno según sus propias fuerzas, deben concurrir para que á la primera piedra puesta, ningún día pase sin que deba juntarse otra; que de la voluntad y sólo de la voluntad nacen los milagros. Y si las corporaciones no oyen ó no quieren oír, este grito de «¡libros!» que dijo Ors y que tantos ya han repetido como un eco, juntad vuestras fuerzas intelectuales y transformad en cosa orgánica, en biblioteca, lo que son ahora nuestros esfuerzos individuales aisladamente.

¿No habrá entre vosotros unos treinta que se gasten en libros 100 pesetas anuales? Juntas hacen ya 3.000 pesetas, es decir, la primera piedra para esta futura biblioteca integral, el germen de la verdadera universidad de Barcelona.

El sindicato de intelectuales, y no os haga reír la frase, es la misma arma que puede servirnos contra la indiferencia. Gabriel Hannotaux, en un libro reciente, dice que el sindicato tiende á producir el sindicalismo, forma violenta nacida de la asociación por la paz y la armonía.

Pues bien, el sindicalismo culturista, la agitación persistente por la cultura, el continuo pedir para que los instrumentos nos fuesen dados por los que pueden, ¿no sería un movimiento de *bella* y fecunda violencia para llegar á la paz, á la armonía, la tolerancia que hace nacer entre los hombres la cultura?

El Poble Català.—De Manuel de Montoliu.

Grito de alarma Un compañero escritor ha propuesto que nuestra ciudad adquiriese un fondo de libros de filosofía moderna, aprovechando una ocasión como pocas se presentan para hacer una adquisición de tan buenos libros en tan buenas condiciones. Propositiones de esta clase, en el estado en que se encuentra nuestra cultura intelectual, habrían de recomendarse por sí solas. Pero mucho me temo que si todos los que nos interesamos por estas cosas de «libros» y «cultura» no levantamos la voz, la demanda caerá en el vacío y los que más directamente habrían de procurar su satisfacción no sabrán ver ninguna trascendencia ni la terrible urgencia de la necesidad que estos libros estarían llamados á satisfacer. Por ésto, hoy he decidido juntar mi modesta voz á la de los que han formulado y apoyado hasta hoy la proposición indicada. No quiero en esta ocasión repetir una vez más los cientos de argumentos que se pueden alegar en pro de la conveniencia de la compra propuesta. Yo quiero hoy levantar una voz de alarma y quisiera que mi grito fuese agudo y penetrante, como clarín en día de combate.

El disponer en nuestra casa de un instrumental completo de trabajo científico en todos los órdenes, es una necesidad inmediata; urgente, cuya satisfacción no admite espera. Entre nosotros, nos preocupamos mucho de proteger la industria nacional por medio de

aranceles, y habríamos de preocuparnos, al menos con el mismo celo, de proteger nuestra cultura intelectual contra la creciente invasión extranjera que nos amenaza con el acaparamiento de todas nuestras fuentes del saber. Convenzámonos de que un almacén de libros escogidos tiene en reserva más fuerza, más riqueza y más independencia para un pueblo, que cualquier almacén de un artículo industrial. Convenzámonos de que el secreto de la independencia espiritual de un pueblo, que al fin deviene independencia material y económica, reside principalmente en estas fábricas que llamamos Bibliotecas. ¿Qué autonomía espiritual ni material, pues, puede tener una ciudad sin bibliotecas?

Mirad que si no os decidís á proteger á la gente estudiosa como protegéis á los industriales y comerciantes, si no los protegéis dotándoles de todos los instrumentos de trabajo que requiere la ciencia moderna, acabarán los sabios extranjeros de apretar el nudo que ya hace tiempo nos han puesto al cuello y nos ahogarán definitivamente. Yo aviso el peligro, porque en esta Alemania, en estas Universidades, lo toco y lo palpo. Los alemanes no aspiran solamente á ser los ingenieros de nuestras fábricas, los directores de nuestros ferrocarriles, los explotadores de nuestras minas, sino también los monopolizadores de nuestra ciencia.

En el mundo de la ciencia, en el mundo de esta industria del saber, España es hoy la primera materia de más valor, la que miran todos los sabios con ojos más codiciosos. La Historia, la Arqueología, la Filología, la Antropología, la Paleontología, etc., tienen hoy graves problemas cuya solución se encuentra ó se piensa encontrar en nuestra España. Por esto se preparan estos sabios alemanes á una invasión organizada y metódica en el mundo de la ciencia española, y si nos descuidamos, á nosotros, los estudiosos de nuestra tierra, no nos quedarán ni los restos para aprovechar. Y esto pasará si nuestros organismos oficiales continúan sin preocuparse de dotarnos del instrumental indispensable del trabajo científico moderno, que son las bibliotecas. Yo toco este peligro actualmente en el dominio de la Filología románica. Esta tiene problemas de importancia capital por resolver y creo con fundamento que el estudio de las lenguas de España traerá si no la solución deseada, al menos mucha luz. Además, en la Filología, como en las otras ciencias antedichas, está todo tan investigado y tan escudriñado, que los sabios de las nuevas generaciones no tienen otro pensamiento que ir explotando las pocas minas inexploradas que quedan. Una de estas minas llena de tesoros es nuestra España, y á ella se lanzan los sabios de esta tierra y nos la tomarán á nosotros, sus legítimos propietarios, si continuamos con la indiferencia de siempre. Más de un profesor conozco yo que se prepara desde hace tiempo á un asalto definitivo de la ciencia española con la ilusión de constituirse dueños definitivos de ella.

Ya hemos llegado á un estado demasiado clarividente de conciencia nacional para permitir que se consuma para siempre nuestra esclavitud espiritual respecto de los otros pueblos.

Hagamos á *nuestros sabios*, levantando de una vez nuestra biblioteca, y opongamos con ellos una barrera contra esta creciente invasión de la conciencia extranjera; no permitamos que nuestra cultura intelectual acabe de ser definitivamente una colonia de esta ciencia extranjera y que conozcan más nuestra casa y disfruten más de nuestro patrimonio espiritual los forasteros que nosotros mismos. Hemos de acabar con nuestro tipo de sabio solitario que muere sin dejar sembrada la semilla de una escuela. Hemos de hacer estudiosos por legiones para tener siempre una ancha base de organización de nuestro trabajo intelectual. Dad pues, á estos estudiosos la posibilidad de estudiar. Satisfaced la santa necesidad de los que sienten entre nosotros el hambre y la sed de saber! Libros, libros, libros!

Opiniones ajenas

DISCURSO DE D. ANTONIO MAURA
Pronunciado el día 26 de junio último,
en Molinar de Carranza. (Fragmentos)

Hecho fundamental.—Problema que plantea.
La tolerancia

Nosotros no podemos prescindir de un hecho que olvidan constantemente los que nos combaten: el hecho de la constitución social de España, de la realidad social de España, de la composición actual del pueblo español. En otro tiempo era casi general la unanimidad: eran unánimes las creencias, y eran unánimes los intereses y el sentimiento de respeto y acatamiento para multitud de instituciones que los siglos habían consagrado, y que nadie pensaba derrocar ni modificar para lo porvenir.

No entro—ni hay para qué—á examinar si eso era mejor ni peor que lo que ahora: lo que digo es que eso ha desaparecido; lo que digo es que la unanimidad no existe; lo que digo es que hay una diferencia en las aspiraciones, en las pasiones, en los intereses, en las impulsiones sociales, cada día más honda; lo que digo es que la divergencia cada día llega más á la raíz, y cada día es más fundamental. Delante de esta realidad hay que elegir, hay que decidirse. Y el poder político que se asiente sobre uno de los extremos, cualquiera que sea, podrá dar un día el grito salvaje de la victoria sobre sus enemigos, pero debe apercibirse para la resignación del día siguiente, porque no tendrá paz, ni durará.

De modo que es un problema de coexistencia, un problema de tolerancia: de tolerancia, que significa enterarse de que cada uno tiene frente á sí alguien que es un hermano suyo, un conciudadano suyo, que con el mismo derecho que él opina lo contrario, quiere lo contrario, concibe de contraria manera la felicidad pública. Por eso el error de las extremas izquierdas y derecha consiste en esto: en confundir la tolerancia con la abjuración y creer que cuando se respeta el derecho ajeno, y se apercibe uno á convivir con los demás y á hacer los sacrificios necesarios para convivir con los demás, cercena la propia vida y mutila su propia significación, cuando no hace sino abrir el cauce para que permanentemente la vida se desenvuelva y se determine íntegramente, de modo que todos y cada uno puedan ejercitar sus fuerzas, pelear por sus ideales y contribuir todos á la felicidad común.

Simpatías y colaboración de pesimismo

Por ese error, por ese error fundamental, lo estáis viendo, no de ahora—desde que nací lo estoy observando yo,—los extremos del absolutismo por un lado, de la demagogia por otro, se contemplan con no disimulada simpatía, y á cada momento que la ocasión se les ofrece, y aun sin ofrecérseles, se presta auxilio con un pesimismo recíproco; pesimismo que tiene un fondo de verdad, pero que entraña una inmensa equivocación.

Y tiene un fondo de verdad, porque es cierto que, sea cualquiera el modo que de rodar tengan los azares de la fortuna, una exageración radical de un extremo es precursora cercana de la exageración contraria, y en eso tiene el pesimismo un fundamento sólido; sólo que no advierten, los que lo profesan, que al día siguiente habrá perecido aquella victoria, porque no se puede tener paz ni perseverancia en ninguna obra política, ni por consiguiente desenvolvimiento de toda la vida nacional, de los intereses, de las reformas, de los ideales, de las aspiraciones de un pueblo, sino mediante una transacción, mediante aquella transacción que permite que todos tengan siempre delante una idea, una,

no más que una, que es la de la Patria y la necesidad de someter siempre el derecho propio al respeto del derecho ajeno.

Las izquierdas ignoran la democracia y desconocen la autoridad.—La libertad y la impunidad.—Derecho y delito

La izquierda. ¿No os parece mirando con serenidad lo que todos los días acontece ante nuestros ojos, que son contadísimos los que, estando situados á nuestra izquierda en la política española, se han enterado de lo que es una democracia? No se han enterado muchos de ellos de que una democracia no es la dominación excluyente, la dominación avasalladora, la dominación que extraña de la Patria á los discordes, aunque sean la mayoría, sino que es la colaboración unánime, la presencia de todos, la ponderación sistemática y orgánica de los más contrapuestos impulsos de una sociedad, de un pueblo, de una Nación, de un Estado, de manera que recíprocamente se limiten y se moderen, y se compongan, y se armonicen, y coadyuven todos al cumplimiento de altos y permanentes fines. Eso es una democracia: toda una sociedad, todo un pueblo; no una tiranía de muchedumbres, que es la esencia execrable de toda tiranía, con todos los accidentes que pueden aumentar la execración. La extrema izquierda olvida—y no hay día ni hora en que los hechos no lo acrediten,—olvida que no hay libertad política, ni derecho seguro, ni dignidad humana, sin una autoridad firmísima, sin un Poder incontrastable que imponga á todos el respeto de las leyes. Porque los derechos, la dignidad de cada cual, el respeto á su conciencia, á su honra, á su propiedad, al ejercicio de todas las facultades del ciudadano, corre hoy muchísimo menos peligro por excesos de la autoridad que por demasías de los ciudadanos.

Ejemplos de ello tenemos á toda hora, y quien ha de someter al respeto recíproco á los que propenden á atropellar el derecho ajeno, es la autoridad; de modo que la autoridad es la base primera, el supuesto necesario, la condición inexcusable de mi derecho, del tuyo, de el del otro, de todos los derechos, y al defender la autoridad defiende mi derecho, y cada cual defiende el suyo, sin excepción alguna, porque cuanto más humilde, más necesita de la autoridad.

De esto, ¿veis alguna muestra en los actos que evidencian el espíritu de nuestras izquierdas? ¡Si para ellos es una conquista y una hazaña todo lo que sea sustraerse á la acción de la ley, ó atropellar el prestigio de la autoridad, ó cercenar algún atributo á la autoridad! ¡No comprenden que lo que restan al derecho de los ciudadanos, á su propio derecho se lo merman! Esto, aparte de que no se ha conocido en la Historia, ni se conocerá jamás, una organización de hombres en Nación, un Cuerpo político como Nación existente, sin un Estado, sin una organización, una ú otra, y esa organización, una ú otra, de la cual no se puede prescindir, jamás ha subsistido, ni subsistirá, si no hay sanción, si no hay castigo, si no hay ley, si no hay imperio de la soberanía, que representa el conjunto de la Nación entera, sobre aquellos que con la violencia ó por medio ilegítimo pretenden subvertir el orden establecido, atropellar al derecho, faltar, en una palabra, á la ley. De modo que, cuando el derecho político se confunde con la delincuencia en materia política, y llegan á sonar como equivalentes la palabra libertad y la palabra impunidad, despedidos de la libertad, porque ha muerto. No hay nada más social que el derecho; nada más antisocial que el delito; son términos antitéticos. Mientras no haya castigo para el que traspasa el límite de su derecho y agravia el

ajeno, todos los derechos caducan á la vez todas las libertades mueren.

Por eso la verdadera libertad es el imperio de la ley, es el castigo del delito, es el orden, y eso es lo que representa el partido conservador. Por eso no es una palabra vana, es una verdad esencial, innegable, que la libertad es conservadora.

Las derechas y sus injusticias.—Por qué se escandalizan

Las derechas. Yo lo comprendo todo, porque cada día tengo más facilidad para conllevar las injusticias, cada día estoy más convencido de que son menos numerosas de lo que parece las injusticias que se infieren de mala fe; es que no se ven de las cosas sino aspectos parciales, y la vida, en el intrincado laberinto de la realidad, enseña cuánto se tarda en advertir toda la complicación de cada uno de los problemas y fenómenos de la vida de un pueblo.

Yo lo comprendo: se escandalizan muchos de ver al partido conservador á la hora presente, cuando ellos sienten como si un látigo cruzara sus conciencias, cuando ellos ven amenazados sentimientos nobilísimos, firmísimos, decisivos, soberanos en la vida; ver, repito, al partido conservador hablando de respetar la acción de un gobierno, al partido conservador hablando de gubernamentalismo: eso les parece una deserción. ¡Si lo fuera, no tendríamos perdón, ni de Dios ni de la Historia! Pero no lo es: es todo lo contrario.

Los que piensan así, digo mal, los que sienten así, y con el sentimiento sustituyen al raciocinio, esos olvidan una diferencia substancial: la diferencia entre las formas externas de la vida política, entre los moldes jurídicos en que se desenvuelve la vida de los pueblos, y la acción interna y sustantiva de cada cual en la vida misma. Es decir, olvidan que aquella coexistencia de que os hablaba antes como ineludible, aquella tolerancia, sin la cual no hay vida, ni social ni política, posible, requiere convencerse cada uno de que no está solo en su país, de que no es el único, sino que hay otros conciudadanos suyos en la Nación que no están identificados con sus creencias; y para poder actuar simultáneamente los que representan cosas contrapuestas, los que no podrían ventilar sus diferencias sino con las armas y la guerra civil, para eso están esas instituciones, en las cuales los gobiernos no siempre están asentados sobre los que representan una significación política y tienen un mismo concepto de cada uno de los problemas que hay que resolver. Pero dentro de esta coexistencia y de este derecho recíproco y respectivo, en cuando se trata de defender la substancias de las cosas que se ventilan, que se atacan, que acaso se agravan, que acaso se ofenden en la marcha de un gobierno ó de toda la vida nacional, en eso, el partido conservador, ¿cuándo ha vuelto la espalda á su significación, ni cuándo la volverá?

España es natural y fatalmente una democracia.—Hay que vivir como tal.—Por esto no se puede desertar de la vida pública.—Ahora se pagan las deserciones de antes

He dicho muchas veces—lo recuerdo ahora, porque no acierto á pensar en problemas como estos de que ahora os hablo, sin volver á la idea madre:—que España no es una democracia porque se haya predicado la doctrina democrática: es una democracia, porque la Historia, el desenvolvimiento providencial de la vida de España, han hecho de ella una democracia, y no más que una democracia; y no puede ser más que una democracia un pueblo que no tiene una constitución social bastante consistente para fundar en ella el Poder público y el sistema político de la Nación.

Y ya he notado yo alguna vez aquella especie de ironía que daba, durante nuestras guerras civiles, el ejemplo de que cobijaran las banderas de la Monarquía tradicional á una colección de hombres salidos de las más humildes filas de las clases sociales; y es que

aun allí, donde se quería representar todo lo contrario, se filtraba la democracia, el hecho positivo de que de la masa del pueblo, de las entrañas del pueblo, habían de salir los encargados de tomar la dirección y de influir decisivamente en los destinos de la Patria.

De modo que en España es fuerza resignarse á que las instituciones estén fundadas sobre el voto popular, porque no hay otra manera de definir que el voto popular, y el voto popular trae consigo todos los influjos sobre la opinión, y todos los medios de actuar sobre la opinión: dos cosas absolutamente y totalmente inseparables. El Poder público, al fin y al cabo, no se ejerce ya en parte alguna sino sobre la opinión pública; podrán las constituciones reservar á una dinastía, á un Soberano, á una oligarquía, determinados predomios políticos; en la acción, la opinión pública los dirige, los cohibe, se los impone al gobernar.

Y eso lo olvidan los que se escandalizan del hecho de que el Poder público se ejercite á veces en ofensa de sus creencias, en ofensa de sus sentimientos, en ofensa de sus intereses, olvidando con ello que el remedio no consiste en llevar esto á mal, sino en acordarse de que esto no puede pasar sino por la omisión, por la abstención, por la cobardía de los agraviados.

Esta política que estáis viendo ahora, y que ahora os lastima, no ha venido al gobierno por el voto de las multitudes, ni siquiera por el sufragio de las urnas: esa se ha encaramado en el Poder, y desde el Poder actúa, y no puede estar en el Poder, sino el tiempo que tarde en manifestarse la voluntad de los electores, que no se manifestará retrayéndose de las urnas.

Con la desidia y con las divisiones se colabora al trastorno.—El ejemplo de Bélgica y de Francia.

Parece increíble que durante tantos años pueda obstinarse en el error una multitud de personas, todas bien intencionadas, todas respetables; sin embargo, presenciamos el fenómeno. La experiencia enseña cada día que la división de las fuerzas que debían estar juntas para la acción social y para la acción política, que la dispersión de la fuerza defensiva contra el trastorno, que se anuncia clamoroso y que amenaza á toda hora, no evita, no ha evitado, no puede evitar, la existencia del problema, la realidad de la aspiración subversiva y el avance la aspiración misma.

Sin embargo, se cree que no es colaborar al ataque dividir la defensa ó desertar de la defensa. Yo quisiera saber en qué se diferencian esencialmente, y para la eficacia de la lucha, aumentar uno de los factores ó disminuir el otro; y quisiera saber qué más eficaz cooperación cabe que retirar el hombro de allí donde debe estar la resistencia, y con qué derecho, después de haber retirado el hombro, se acusa á los que quedaron solos de que no impidieron el mal.

Esto es tanto más grave, cuanto que no es lícito considerarlo un error pasajero. Llevamos muchos años de padecerlo; los estragos nada enseñan; el escarmiento propio y ajeno ha perdido su fuerza didáctica sobre esas gentes; porque allí donde la democracia y sus instituciones, y sus organismos de propaganda, y sus urnas electorales, y sus procedimientos de gobierno y de administración, se consideran como el medio puesto por la Constitución y por las leyes á disposición de todos por igual, y donde palmo á palmo se disputa el terreno, y á porfía se ejercitan los derechos del ciudadano, allí veis que toda la democracia, toda la libertad política, es compatible con treinta años y más de imperio de un partido, de mando de una situación de una derecha, como podría suceder que fuera de una izquierda; y en cambio, en otras Naciones donde se han desoído las voces que substancialmente decían lo mismo que os estoy diciendo, aun siendo voces emanadas del Pontificado romano, como en España tantos años seguidos se desoyen, allí

esa libertad es ya un anhelo vano, esa libertad, que aquí se maldice y que aquí se abandona, allí sería una aspiración ideal, cuyo logro está muy remoto.

Es decir, que en unas partes se está experimentando ante nuestros ojos cómo son compatibles con la libertad y el derecho de todos las instituciones que permiten coexistir, que permiten tolerarse, que permiten colaborar á las más opuestas significaciones, las más irreconciliables y antagónicas ideas sobre lo más fundamental y sobre lo más nimio de la vida, empezando por las creencias y acabando por el último interés de la última Municipalidad, y cómo no obsta el respeto escrupuloso del derecho ajeno, y de esas instituciones, para que actúen vigorosamente todos juntos los que forman un haz, un Ejército, frente al otro Ejército; y en cambio vemos las lamentaciones inútiles, baldías, que parecen emanaciones del remordimiento, donde se abandonó y se olvidó el avance del tiempo, donde oportunamente no se conoció que era menester vivir en su tiempo, vivir con arreglo al espíritu de su siglo, luchar en el terreno que se pisa, no en la idealidad de las cosas que se sueñan, que se anhelan; fantasías en las cuales la única realidad es el desastre.

PROBLEMA DE CIVILIZACIÓN

«En toda Europa hay gentes religiosas y cristianas, y aun católicas, y hasta clericales. Y, sin embargo, fuera de aquí, en ningún país normal europeo se concebirían esas protestas airadas contra una tímida medida de gobierno que autoriza la exhibición de letreos ó signos en la fachada de los templos de todas las confesiones.

Esta autorización existe en Europa entera, sin que nadie se escandalice ni reclame. Luego lo que tenemos frente no es la religión, ni el cristianismo, ni el catolicismo, ni el mismo clericalismo. En el mundo moderno quedan todavía, por desgracia, elementos de reacción clerical. Pero los clericales de fuera de España, hablan de libertad, como los de Francia, ó de «tolerancia», como los de Prusia. Aquí luchamos con algo peor que el clericalismo en general, con algo especial, típico, único en Europa.

Ennoblecemos demasiado al adversario dándole los nombres de ultramontanismo, vaticanismo ú otros análogos que lo equiparan al catolicismo político europeo. El negro fanatismo inquisitorial, del que, por el honor de España, hemos de limpiarnos de una vez, constituye un factor que ha dejado de existir en el sistema de fuerzas sociales de la vida contemporánea. El cura guerrillero, ó el beato agresivo son supervivientes, meramente locales, de una fauna ya extinguida.

Y, si no, observemos lo que pasa más allá de nuestras fronteras. El catolicismo tiene, como su nombre lo indica, un carácter universal, internacional. Roma lo ha reivindicado siempre, oponiéndose á la formación de iglesias nacionales autónomas. El catolicismo político y el socialismo, aunque opuestos, coinciden en la circunstancia de ser hoy los dos grandes partidos internacionales.

Ahora bien: si realmente el catolicismo se viera perseguido ó amenazado en España, ¿no acudirían en su favor inmediatamente los católicos de todo el mundo? A estas horas los católicos de Francia y Bélgica, de Inglaterra y Alemania, enviarían Mensajes, convocarían meetings, organizarían manifestaciones públicas, estableciendo así una estrecha solidaridad—la comunión de los santos—con sus hermanos españoles que sufren el martirio bajo el poder de don José Canalejas. Nada de esto sucede. Fuera de la curia vaticana y de sus ramificaciones oficiosas, es evidente que los millones y millones de católicos europeos y americanos no se han conmovido en lo más mínimo ante los gemidos de esas damas, algunas de las cuales han llegado, en un telegrama, á hablar de Diocleciano y de Nerón.

Los católicos extranjeros no pueden ver en la real orden de tolerancia de cultos más que los comienzos, hartos vacilantes, de un régimen bajo el cual ellos viven y con el cual, si acaso lo combatieron, se han reconciliado definitivamente. ¿Cómo van á creer que los católicos de España, cuya situación de privilegio no tiene semejanza en ningún otro país del planeta, están á punto de volver á las catacumbas?

Si ahora existiera persecución para los católicos como existió, hace justamente un año, para los liberales, ¿no protestaría el catolicismo internacional? Repito que no me refiero á la jerarquía oficial de la Iglesia. Hablo de la conciencia católica de todo el mundo, aludo á los parlamentarios, á los filántropos, á los profesores sinceramente católicos, que no se agitan ciertamente ahora como se agitaron hace un año sus colegas heterodoxos. Y claro es que éstos no forman una Asociación internacional, vigorosamente organizada, como la Iglesia católica.

Los miembros del Consejo federal de Suiza protestaron del fusilamiento de Ferrer. ¿Se le ocurriría á nadie la idea de que los miembros del gabinete católico que hoy gobierna en Bélgica, protestaran de nuestra última real orden? ¡Protestar ellos que, aunque clericales, viven en plena libertad de cultos, y mantienen y subvencionan numerosas escuelas!

No se trata pues, todavía, de una lucha entre derechas é izquierdas. Se trata de una cuestión previa: se trata de obtener para nuestra patria aquellas condiciones normales de vida pública, aceptadas ya como indiscutibles por derechas é izquierdas, por clericales y anticlericales, en todas las demás naciones civilizadas.

Decía, hace más de treinta años, el cardenal Manning: «Si los católicos, llegando á ser mayoría, nos hiciésemos en Inglaterra dueños del Poder, no cerraríamos un templo ni una escuela protestantes...» Sobre esta base, común á todos, del respeto mutuo á las ideas, discutiremos luego ortodoxos y heterodoxos, derechas é izquierdas. Lo que ahora reclamamos no es más que esta base, común á todos, aceptada por la conciencia universal contemporánea.

Combatimos contra un ciego fanatismo atávico, contra un elemento patológico. Lo que nos cierra el paso no es una derecha como las demás derechas europeas. Por amor á la patria y á la cultura, todos los buenos españoles, hombres de corazón liberal, deberían venirse con nosotros. Porque nosotros, que mañana nos apresuraremos á plantear los problemas de izquierda y de extrema izquierda, no tenemos planteado, en este momento concreto, más que un problema previo de civilización.

LUIS DE ZULUETA.

(De *El País*.)

PALABRAS DE LA SANTA

En una mañana clara y templada de invierno, con cielo de azul radiante, he ido, en Avila, á visitar, mejor diré, á contemplar el primer convento que fundó Santa Teresa. He paseado antes un momento por la alameda del Rastro. Avila es para mí, con Córdoba, la ciudad más castiza, más típica de España. Las dos ciudades, colocadas tan lejos una de otra, en tierras tan diversas; las dos ciudades tienen un profundo sello, un ambiente profundo de idealidad y de melancolía. Las dos se levantan en un paisaje casi idéntico. Desde lo alto del puente romano, en Córdoba, el panorama que se divisa es igual al que se atalaya, en Avila, desde el paseo del Rastro. Hay en Córdoba, sin embargo, una nota de intimidad y de vaga sensualidad que en Avila no existe. El paisaje y el ambiente de la ciudad castellana es más grandioso, más severo, más noble. Multitud de recuerdos y de tradiciones espirituales traen á nuestro ánimo, á todo nuestro ser, una sensación indefinible, honda, de ensueño, de nostalgia y de idealidad que en Córdoba no acabamos de sentir

por completo, ó que sentimos de otra manera.

El paseo del Rastro se halla colocado en un alto rellano; lo limita—como el de la Taconera de Pamplona—una larga barandilla de hierro. Abajo se extiende el campo; alguna pobre y vetusta iglesia, alguna ermita, se destaca entre casuchas sórdidas; más lejos, las tierras de sembrado muestran sus cuatro claros de verdura temprana, ó sus bancales de obscuro barbecho. Y en la lejanía aparece el horizonte limpio, el horizonte claro, indefinido, de Castilla, que tantas veces contemplaría Santa Teresa y que tanto y tanto hablaría á su espíritu.

Para comprender un espíritu como el de esta mujer excepcional, única, es preciso venir á Avila; y es preciso, además, contemplar largamente estas nobles piedras y pasar horas enteras recostado en esta barandilla del paseo del Rastro, columbrando el paisaje. Hay algo en estos lejanos recuestos, suaves, ondulados; en estos anchos haces de sembradura; en estos bancales adustos y nobles; en esta lejanía azul y luminosa, que es el propio espíritu, la propia alma de esta gran Santa.

En esta mañana clara y diáfana, todo el campo y todas las casas vivían con una vida interior y profunda. Las líneas se destacaban puras y salientes, y la nota de gravedad y de fortaleza, resaltaba más que en ningún otro día y ninguna otra hora. Ante el horizonte ilimitado y la campiña limpia, bajo un cielo radiante, un solo pensamiento, ó mejor un pensamiento resaltaba por encima de todos, los dominaba todos: el pensamiento y la ansia de la acción, del movimiento, de la conquista, de la creación. Y aquí entramos ya en el corazón mismo, en la propia esencia de la gran mujer. Esta campiña y este cielo, y todas las cosas que son, en armonía profunda su complemento, no son para la quietud y para la inmovilidad. Todo sugiere una vida interior de agitación y de lucha. Santa Teresa no es una santa quieta y extática. Su vida es la acción y el amor. Su vida no es el pensamiento quieto y recogido sobre sí mismo; es el proselitismo, la actividad y la lucha.

No hay santo más castellano que esta mujer, ni ninguna otra figura de nuestra historia puede estar mejor que ésta en armonía con todo el pensamiento moderno, nuestro pensamiento, nuestra manera de ser, y representar como ella nuestros ideales y ansias de ahora. Entre los libros de Santa Teresa hay uno que descuella por encima de todos. Será necesario decir que en la Santa, la labor literaria, con ser inestimable, constituye lo secundario, lo objetivo; lo esencial es su vida misma, el espectáculo maravilloso, incomparable, que nos ofrece de su mismo vivir. Pero en los libros, como no puede ser menos, se refleja todo su espíritu. Desde el punto de vista puramente literario, Santa Teresa es uno de los mayores artífices de la prosa castellana. Diré más; á mi entender, la Santa es el primer y más alto escritor castellano. Fray Luis de León, en el prólogo á las obras de la Santa, elogia la «elegancia» de su prosa.

No podemos formarnos idea de lo que Fray Luis entendía por «elegancia»; pero, si es, poco más ó menos, lo que entendemos hoy, bien se puede decir que nunca se aplicó un adjetivo con menos exactitud. Elegancia supone retórica, artificio, trabajo y esfuerzo, más ó menos aparente, para forjar y construir la frase; elegancia da idea de literatura profesional, de técnica, de oficio. Y nada de esto hay en Santa Teresa. La fuerza, la enorme fuerza de Santa Teresa estriba precisamente en la espontaneidad. Diríase que su estilo es la propia é íntima vida, exteriorizándose *directamente*, sin artificio, sin retórica que venga á pulir, á componer, la propia y poderosa vida que mana del cerebro y llega á la pluma. Leyendo á Santa Teresa nos hallamos á cien leguas de lo que nos representamos como un *artista literario*. No hay aquí *literatura* ninguna; es la vida misma la que se nos ofrece en estas páginas. Léase, por ejemplo, una página de los Argensola ó de Solís y ábrase después un libro de Santa

Teresa. Esto explica el desaliño de la prosa, su sinuosidad, sus altibajos, sus borboteos, su ondular libre y poderoso, el ritmo extraño de su ideología, el cortar bruscamente las frases, el volver luego sobre ellas, el intercalar en una oración, violentamente, un inciso inesperado.

He dicho que Santa Teresa representa la acción, la actividad, el pensamiento actuante, en juego. Entre sus libros hay uno que la retrata mejor que todos. Este libro, á mi entender—por encima del *Quijote*—es el más representativo de Castilla en las pasadas centurias. Aludo al *Libro de las fundaciones*. No creo que exista en ninguna literatura nada que le supere. Santa Teresa cuenta en él todas ó casi todas sus fundaciones. Todos sus trabajos, sus titánicos esfuerzos, sus amarguras, sus luchas, sus esperanzas, están en estas páginas condensadas. Maravilla el pensar cómo esta «pobrecita mujer», según ella se llama, haya podido realizar, sin ningún medio, con la mayor pobreza, contra la voluntad de todos muchas veces, una obra tan titánica. «¡Señor mío—escribe ella—no queda por vos el no hacer grandes obras los que os aman, sino por nuestra cobardía y pusilanimidad!»

Pero el libro no es sólo un relato admirable; se contiene en él además toda la doctrina de la Santa; es decir, la manera que Santa Teresa tenía de entender el amor y servicio de Dios. En el capítulo V, el más significativo de todo el libro, se expresa esta manera elocuentemente en cuatro líneas. «El aprovechamiento del alma—dice—no está en *pensar* mucho, sino en *amar* mucho» Y ¿en qué consistirá este *amor*? ¿Qué es para Santa Teresa *amor*? *Amor* para Santa Teresa es *acción*, es el desenvolvimiento de toda la personalidad, de todas las fuerzas de la persona al servicio de Dios. «Y si preguntáredes, ¿cómo se adquirirá este amor? Digo, que determinándose un alma á obrar, y padecer por Dios, y hacerlo cuando se ofreciere.» Y más adelante añade: «Sería recia cosa que nos estuviere claramente diciendo Dios que fuésemos á alguna cosa que le cupista, y no quisiésemos sino estarle mirando, porque estamos más á nuestro placer.»

¿No podrían estas altas y admirables palabras ser el lema de todos cuantos en los tiempos modernos propugnan una acción católica social, un intervencionismo en la vida social, una preocupación de todos los problemas, una actividad incesante, una conquista lenta y diaria, una resistencia y un avance?

AZORÍN.

LA ESPAÑA PINTORESCA

Los días pasados se ha escrito mucho sobre el pintor Zuloaga, hasta el punto de denominarse al asunto «La cuestión Zuloaga». He ahí un pintor ilustre que, á pesar de ser el más ilustre de los pintores contemporáneos, no puede penetrar en España, donde se le ignora, se le discute y aun se le detesta. Y lo particular del caso es que Zuloaga, discutido y como expulsado de España, hace un arte cuyo asunto es absoluta y exclusivamente español.

Pero todas las cosas tienen un motivo de ser. La especie de antipatía que merecen á muchos españoles las obras de Zuloaga, ¿de dónde nace, por qué es...? Yo creo que el espíritu español rechaza instintivamente el arte de Zuloaga por un motivo capital: porque no es español.

Hay dos maneras de *sentir* las cosas: una desde dentro y otra desde fuera. El que siente las cosas desde dentro las comenta inconscientemente, con un sentido normal y justo, sin darse cuenta de los efectos: éste es el modo con que comentaron la vida española Velázquez, Zurbarán, Cervantes, Hurtado de Mendoza. Pero el que siente las cosas desde fuera se sitúa en el lugar del espectador, y,

por consiguiente, su ánimo no está tranquilo ni es justo nunca: se entusiasma, se apasiona, se indigna, exagera, aplaude ó grita como un espectador ante un fenómeno; trata de juzgarlo, lo pondera ó lo denigra, y fluye siempre de su comentario un á modo de exageración. De esta forma de comentaristas fueron Dumas y Gautier; tal vez entre este género estuviese el Greco, pintor extranjero, que tomó á España como un espectáculo curioso, exagerando su misticismo, su angustia y su personalidad trágica.

Pues bien, Zuloaga pertenece al género de los hombres que sienten desde fuera, en forma de espectador. Se ha educado en Francia, ha vivido y estudiado en el extranjero. Mira á España con ojos de lejanía, con retina de espectador. Oye en su rededor la opinión que el extranjero tiene de España, y, apasionándose por esta opinión, viene á España y la comenta, exagerándola. La España que pinta es real; pero lo es á trozos nada más; el conjunto es falso, así como el aura que rodea á su obra. También es real la España de Gautier; la pluma de este fino escritor observaba los detalles angustiosamente, los retrata como una máquina de fotografía; no puede negarse que es exacta su misión; sin embargo, la obra total, el espíritu del comentario de ese escritor, son falsos.

Zuloaga ha hecho una España apasionada; esto será muy artístico, pero es antipatriótico. Zuloaga tiene la culpa de que una parte considerable de los pintores jóvenes españoles y algunos americanos se ejerciten en llenar sus lienzos de figuras candentes y exageradas.

Se pretende hermanar á Velázquez, al Greco y á Goya para formar una España tétrica, mucho más perniciosa que la España de pandereta que labran los extranjeros.

Porque nuestra nación conserva tipos y caracteres *fuertes*, se hace una España exageradamente fuerte, puramente literaria. Andan ahora por ahí tipos castellanos, de capa, sombrero ancho, y faja de cuero; tipos sombríos y lacerantes de labriegos segovianos ó salamanquinos; mujeres de ojos muy negros, de lujuria y cansancio; rostros palidísimos, gestos alucinantes y procesiones, beatas negras, aldeas tristes, campos solitarios y pardos, llanuras desoladas, toreros, frailes, cojos y enanos, interiores de mesón ó de iglesia, callejuelas sinuosas y seculares. Todo esto lo ha traído desde el extranjero Zuloaga.

Pero antes de Zuloaga había ya un presidente literario. También los literatos hemos tomado á España como espectáculo de «mucho carácter». Lo peor que á un país le puede ocurrir es que sea tomado como motivo literario sentimental: esto atestigua la decadencia de un pueblo. Motivos literarios son todos los pueblos acabados, como la Palestina, Turquía, España. La literatura sentimental y pintoresca busca, como los cuervos, las cosas muertas. Es la tradición romántica, que gustaba sentarse sobre las ruinas y llorar á la luz de la luna. Los pueblos vivos rechazan á la literatura sentimental y pintoresca y atraen al comentario caliente y realista. Nuestra pobre España, de tanto volver la espalda á Europa, es una nación de *carácter*; el carácter este, por supuesto, es de índole literaria; no sirve ese carácter para los efectos viriles de la ciencia, de la economía, de la fuerza invasora y conquistante; es un carácter *depresivo*, resistente á las innovaciones; y como se resiste á aceptar la civilización, se mantiene *original*. España es un pueblo original porque se obstina en volver la espalda al mundo civilizado. Su carácter original no significa fuerza, sino debilidad para actuar. Pero ese *carácter* y esa *originalidad* son inapreciables para el arte y la literatura. Por eso España es un admirable motivo literario.

Tomado un pueblo como motivo literario, está perdido. Considerado como espectáculo pintoresco, está más perdido todavía... ¡Esta literatura, que lo corrompe todo!

JOSÉ M.^a SALAVERRÍA

COMPañÍA TRASATLÁNTICA

BARCELONA

Servicios

Línea de Cuba-México.—Servicio mensual á Habana y Veracruz, saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 20 y de Coruña el 21, directamente para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, directamente para Coruña y Santander. Se admite pasaje y carga para Costafirme y Pacífico con trasbordo en Habana al vapor de la línea de Venezuela-Colombia.—Rebaja en pasajes de ida y vuelta.—Precios convencionales para camarotes de lujo.

Línea de New-York, Cuba y México.—Servicio mensual saliendo de Génova el 21, de Nápoles el 23, de Barcelona el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, directamente para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz el 26 y de Habana el 30 de cada mes, directamente para New-York, Cádiz, Barcelona y Génova.

Línea de Venezuela-Colombia.—Servicio mensual saliendo de Barcelona el 11, el 13 de Málaga y de Cádiz el 15 de cada mes, directamente para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, de donde salen los vapores el 12 de cada mes para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, etc. Se admite pasaje y carga para Veracruz, con trasbordo en Habana. Combina por el ferrocarril de Panamá con las Compañías de Navegación del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos. También carga para Maracaibo, Carúpano, Coro, Cumaná y Trinidad con trasbordo en Curaçao.

Línea de Filipinas.—Trece viajes anuales, arrancando de Liverpool y haciendo las escalas de Coruña, Vigo, Lisboa, Cádiz, Cartagena, Valencia, para salir de Barcelona cada cuatro sábados, ó sean: 4 enero, 1.º y 29 febrero, 28 marzo, 25 abril, 23 mayo, 20 junio, 18 julio, 15 agosto, 12 septiembre, 10 octubre, 7 noviembre y 5 diciembre, directamente para Génova, Porsaid, Suez, Colombo, Singapore y Manila. Salidas de Manila cada cuatro martes, ó sean: 21 enero, 18 febrero, 17 marzo, 14 abril, 12 mayo, 9 junio, 7 julio, 4 agosto, 1 y 29 septiembre, 27 octubre, 24 noviembre y 22 diciembre, haciendo las mismas escalas que á la ida hasta Barcelona, prosiguiendo el viaje para Cádiz, Lisboa, Santander y Liverpool. Servicio por trasbordo para y de los puertos de la Costa Oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

Línea de Buenos Aires.—Servicio mensual, saliendo accidentalmente de Génova el 1.º, de Barcelona el 3, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, directamente

Servicios

para Santa Cruz de Tenerife. Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 1.º y de Montevideo el 2 directamente para Canarias, Cádiz, Barcelona y accidentalmente Génova. Combinación por trasbordo en Cádiz con los puertos de Galicia y Norte de España.

Línea de Canarias.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 17, de Valencia el 18, de Alicante el 19 y de Cádiz el 22 directamente para Tánger, Casablanca, Mazagán, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife y Santa Cruz de la Palma, con retorno á Santa Cruz de Tenerife, para emprender el viaje de regreso el día 1.º de cada mes, haciendo las escalas de Las Palmas, Cádiz, Alicante, Valencia y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.—Servicio bimestral, saliendo de Barcelona el 25 de enero y de Cádiz el 30, y así sucesivamente cada dos meses para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas y otros puertos de la Costa Occidental de Africa y Golfo de Guinea. Regresan de Fernando Póo el 26 de febrero y así sucesivamente cada dos meses, haciendo las mismas escalas que á la ida, para Cádiz y Barcelona.

Línea de Tánger.—Salidas de Cádiz: lunes, miércoles y viernes para Tánger con extensión á los puertos de Algeciras y Gibraltar.

Salidas de Tánger: martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias, á viajantes del Comercio y por pasajes de ida y vuelta. Precios convencionales por camarotes de lujo. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares. La Empresa puede asegurar las mercancías que se embarquen en sus buques.

Avisos importantes.—Rebajas en los fletes de exportación.—La Compañía hace rebajas de 30 por 100 en los fletes de determinados artículos, con arreglo á lo establecido en la R. O. del Ministerio de Agricultura, Industria, Comercio y Obras públicas de 14 de abril de 1904, publicada en la Gaceta del 22 del mismo mes.

Servicios comerciales.—La sección que de estos Servicios tiene establecida la Compañía se encarga de trabajar en Ultramar los muestrarios que le sean entregados y de la colocación de los artículos cuya venta como ensayo deseen hacer los exportadores.

Cemento Portland Artificial ASLAND

Fábrica en Castellar de Nuch y la Pobla de Lillet

Actual producción, 240 toneladas diarias

Sólo una clase, la superior

UNIFORMIDAD Y CONSTANCIA EN LA COMPOSICIÓN

Resistencias sólo comparables á las de los mejores portlands conocidos.—Aplicables á todos los usos, especialmente á los que exigen resistencia extraordinaria.—Insustituible en obras hidráulicas.

COLOR INMEJORABLE PARA PIEDRA ARTIFICIAL

A igual resistencia admite cuatro veces más arena que los mejores cementos

Fabricación por hornos rotatorios automáticos. Motor hidráulico por tubería forzada de 4.700 metros de largo por 80 centímetros de diámetro, desarrollando 3.000 caballos de fuerza. Combustible procedente de las minas de la Compañía, Laboratorio físico y químico á disposición de los clientes como garantía de la calidad. Análisis constante de las primeras materias y del producto elaborado.

DESPECHO EN BARCELONA: Plaza de Palacio, 15 [Pórticos Xifré]

LA CATALUÑA

Primer tomo, debidamente encuadernado, conteniendo los números aparecidos desde el mes de octubre de 1907 hasta fines de 1908.

PRECIO: 20 PESETAS

Administración: Fernando, 57, entlo., 2.ª

BARCELONA

Gran Fábrica de Hilados y Tejidos

PRAT, CAROL Y C.ª

Ronda de la Universidad, núm. 18.—BARCELONA

HIJOS DE JOSÉ MONTEYS

Fabricantes de Hilados, Tejidos y Estampados

Especialidad en PAÑOLERÍA DE ALGODÓN

CASA FUNDADA EN 1817

Despacho: Bilbao, 206.—BARCELONA

GUSTAVO GILI, Edítor

Universidad, 45.—BARCELONA

El Amo del Mundo

SEGUNDA EDICIÓN DE LA EXTRAORDINARIA Y DISCUTIDA NOVELA DE
ROBERTO HUGO BENSON

Un volumen de 440 págs. de 20×13 cms., con profusión de viñetas.
En rústica, ptas. 3; en tela inglesa, con plancha alegórica, pesetas 4.

Diario y Fragmentos

por EUGENIA DE GUÉRIN. Obra premiada por la Academia Francesa.
Traducida de la 49ª edición. Un vol. de 384 páginas de 20×13 cms.
En rústica, 3 pesetas.

El Camino de la dicha, La Bondad, por CARLOS ROZÁN. Obra
premiada por la Academia Francesa
Un vol. de 238 págs. de 19×12 cms. En rústica, ptas. 2; en tela in-
glesa, ptas. 3.

EXTRACTO DEL ÍNDICE.—El Bien.—Las riquezas.—Los egoístas.—El miedo al ridícu-
lo.—El amor á los placeres.—La justicia.—La indulgencia.—El ingenio.—El criterio.—El
hijo.—El padre.—El amigo.—El hombre.—Conclusión.

El gobierno de sí mismo, *Ensayo de psicología práctica*, por el
R. P. ANTONINO EYMIEU, de la Com-
pañía de Jesús. Un vol. de 354 págs. de 19×12 cms. En rústica,
ptas. 3'50; en tela inglesa, ptas. 4'50.

La educación de la voluntad, *Estudio psicológico y moral*, por
J. GUIBERT, Superior del Semi-
nario del Instituto Católico de París. Un vol. de 110 págs. de 19×12
cms. En rústica, ptas. 1; en tela inglesa, ptas. 2.

La mujer del porvenir, por ESTEBAN LAMY, de la Academia
Francesa. Un vol. de 212 págs. de
19×12 cms. En rústica, ptas. 2; en tela inglesa, ptas. 3.

El libro de las Tierras vírgenes, por RUDYARD KIPLING,
traducción directa del in-
glés por RAMÓN D. PERÉS, ilustrada con 45 dibujos de JOSÉ TRIADÓ,
Un lujoso vol. de 504 págs. de 20×13 cms. En rústica, ptas. 4; en
tela inglesa, ptas. 5.

LA EDUCACIÓN INTELECTUAL

por el P. RAMÓN RUIZ AMADO, S. J.

Un volumen de más de 700 págs. 20×13 cms., ptas. 6

La Educación Moral (*Estudios pedagógicos*), por el P. R. RUIZ
AMADO, S. J. Un volumen de xv+635 págs.,
de 20×13 cms. En rústica, 6 pesetas.

Nuevo Diccionario enciclopédico ilustrado de la lengua castellana,
por MIGUEL DE TORO Y GÓMEZ. Quinta edición revisada, corregida
y puesta al día. Contiene todas las voces que figuran en la última
edición (1899) del de la Real Academia Española; más de 54.900 pa-
labras; 1.400 artículos enciclopédicos; 840 grabados; 16 láminas y
mapas en color, etc. El diccionario biográfico contiene, además, 140
retratos. Un vol. de 1.050 de 18½×12½ cms., en tela inglesa, pts. 8.

Nuevo Diccionario francés-español y español-francés
por MIGUEL DE TORO Y GÓMEZ, Licenciado en Filosofía y Letras.
Un vol. de 1.200 págs. de 18½×12½ cms., impreso á dos colum-
nas, en tela inglesa, ptas. 8.

Caracteres del anarquismo en la actualidad, por GUSTAVO
LA IGLESIA,
Abogado. Obra premiada por la Academia de Ciencias Morales y
Políticas. Un vol. de 456 págs. de 20×13 cms., con 9 grabados. En
rústica, ptas. 5; en tela inglesa, ptas. 6.

Libre de Doctrina pueril, del B. RAMÓN LLULL, con proemio,
ilustraciones y notas de D. M. Obra-
dor y Bennasar. Un vol. xxii+304 págs., de 17×11 cms. Edición en
papel de hilo verjurado, 4 pesetas.

Primer libro de Sonets (I-LXXV), de don JOSÉ CARNER. Un
vol. de 104 págs., de 20×14 centí-
metros. Edición de 100 ejemplares en papel de hilo verjurado, 5 ptas.

Las obras del catálogo de esta reputada Casa edito-
rial pueden adquirirse por conducto de LA CATALUÑA

Sociedad Anónima de Navegación Transatlántica

(Antes A. FOLCH Y C.ª, S. en C.)

Rambla de Santa Mónica, núm. 21, pral.—BARCELONA

Línea de Cuba, México y Estados Unidos

Prestan dichos servicios los vapores siguientes:

Argentino

José Gallart

Juan Forgas

Berenguer el Grande

Admiten carga y pasaje para las indicadas líneas.

Para fletes, pasajes y demás informes, dirigirse á las oficinas de la Compañía
Rambla de Santa Mónica, núm. 21, principal

Miguel Gallart

Puerto Rico

Brasileño

PIANOS SIMPLEX

de las más famosas Marcas Europeas, entre ellas

RÖNISCH, STEINWEG-Nachf, SCHIEDMAYER & Sons

ÓRGANOS "SIMPLEX"

Lo mismo puede tocarse á mano que con nuestro sublime aparato "SIMPLEX"

La mayor perfección de la mecánica artística-musical

Conciertos todos los viernes 6 tarde en nuestro salón "SIMPLEX"

BUENSUCESO, 5

Única agencia en España THE "SIMPLEX" PIANO PLAYER C.º

AGUAS MINERALES NATURALES DE LA SOCIEDAD ANÓNIMA

VICHY CATALAN

Aguas hipertermales, de temperatura 60º, alcalinas, bicarbona-
tadas-sódicas. Sin rival para el reumatismo, la diabetes y las
afecciones del estómago, hígado, bazo. Esta aguas, de repu-
tación universal, sólo se venden embotelladas y las botellas llevan
todos los distintivos con el nombre de la Sociedad Anónima
Vichy Catalán. Llamamos la atención de los consumidores, y
muy particularmente de los enfermos, para que no se dejen sor-
prender admitiendo como idénticas á nuestras aguas otras arti-
ficiales que se ofrecen en este mercado con nombres de fuentes
imaginarias que sólo son marcas de fábrica y no fuentes de
origen. DE VENTA en todas partes.

Administración: RAMBLA de las FLORES, 18, entresuelo

BALLICIDA PIZA

Extirpa rápidamente, sin dolor ni molestia, los callos y durezas.—
Es curioso: no motiva los inconvenientes de otros emplastos y de
los líquidos en general.—Es económico: una peseta en todas las
farmacias, droguerías y zapaterías

MIL PESETAS al que presente Cápsulas de Sándalo
ú otro específico mejores que los del
DOCTOR PIZÁ, de Barcelona, y que curen más pronto y radicalmente
todas las enfermedades urinarias

DEPÓSITO GENERAL

Farmacia del autor, Plaza del Pino, 6.—BARCELONA